Arquitrave

josé prats sariol

cuentos

josé prats sariol

cuentos

Arquitrave

Cuentos
© José Prats Sariol
© Foto portada - David Sánchez
© Arquitrave Editores
www.arquitrave.com
Edición y diseño Harold Alvarado y Héctor Gómez Guerrero
Impreso en Colombia - Printed in Colombia

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético,

a Maruchi, Mape, Ariadna y Alexandra

Brochazo de sudor

Vale más presentar una sola imagen en toda una vida
que producir obras voluminosas.
Ezra Pound, The Art of Poetry.

Aún le parecía oír con nitidez al crítico que en el brindis, tras el recital, le había comentado que la metáfora era novedosa y exacta. Dos o tres personas más también se detuvieron en la frase, quizás se lo dijeron alzando la copa o masticando un dado de queso con piña. Sin embargo, tal vez ninguno de los asistentes se había referido a los casi veinte poemas que había leído, salvo ese tipo de apostilla cortesana donde se elogia el timbre de voz, el valor de una pausa, la referencia a cierto sitio. Ni siquiera los más íntimos lanzaron algo más que los fofos calificativos donde detrás de un gesto entre dedos suele ocultarse la nada.

Y Valerio era lo suficientemente inteligente como para sospechar que sus versos libres no liberaban a nadie. Salvo el «brochazo de sudor» en la frente del personaje que anhela el regreso de la amada, que de pronto recibe la carta de rompimiento, quizás ni la más mínima sensación alterase al auditorio, ni siquiera el poema que consideraba su obra maestra, donde en perfectos alejandrinos trató de sugerir la sórdida quietud de las tardes de domingo en su pueblo natal, a donde no había regresado porque los mosquitos del atardecer, porque el polvo en la seca, porque el diálogo con la estatua del parque.

Balanceándose en el sillón de la terracita lateral, el desvelo en su apartamento seguía tan fuerte como el poema que no pudo conmover a nadie porque todavía estaba revoloteando en algún rincón del cerebro o del corazón, por allá dentro, dándose golpes contra las palabras que aún no existían. Hacía dos o tres horas que Clodia dormía en la cama de arabescos de bronce, pero Valerio, entre los barrotes de aluminio de la baranda, corrió la vista de los techos con bombillos rojos de otros rascacielos a lo que le pareció era una gata, en la azotea del edificio de enfrente, a juzgar por los asopranados aullidos que a pesar de la distancia llegaron hasta el sillón.

Pero en realidad su mirada no percibía tejados y luces intermitentes, faros de los escasos autos que a esa hora de la madrugada rodaban como taxistas o ambulancias, con fiesteros etílicos y putañeros o circunspectos asistentes a un velorio. La vista de Valerio se entretenía en el paisaje húmedo, de una leve neblina entre estructuras de hormigón y acero, pero su mirada estaba dentro de sí mismo, en las palabras de los poemas. Las miraba como un turista recién llegado a New York cruza por el triángulo central de Time Square, al lado del kiosco donde venden tickets para las funciones de Brodway o del Lincoln Center. Las miraba igual que si fueran una nueva variedad de rosas que acabaran de obtener el premio de injertos en el concurso anual del Jardín Botánico.

La experiencia mientras se balanceaba en su sillón de mimbre barnizado estaba muy lejos de cuando se abre un diccionario para buscar el significado preciso de un vocablo raro o perdido en la memoria. Valerio sentía las palabras no como el léxico acumulado en sus treinta y dos años sino de una manera similar a cuando aprendió a leer y escribir. Las palpaba. Percibía sus sonidos detrás del diente que se le partió de muchacho, detrás de los buches de sangre que escupió cuando para evitar el choque con una vieja que no miró para la calle, había proyectado la bicicleta contra el contén y volado hacia el cemento de la acera.

Pero en realidad no eran palabras así, en general, difusas dentro de un plural que era un caldero donde se preparó un puré de viandas que al final no supo ni a papá ni a calabaza, ni a boniato ni a plátano. No era una masa, un grupo que carecía de individuos con dolores de salario o de estómago, preocupaciones con el tragante del lavabo o con el vecino del mismo piso, del apartamento 196, que cada sábado ofrecía un operático escándalo a la mujer porque sólo ese día le daba por pensar que era una perversa, una descocada trabajadora de un restaurante taurino. Porque Valerio las olfateaba a cada una como un *spaniel* entrenado para detectar drogas en Orly o en Barajas. Las oía rechinar dentro de un saquito de yute donde aún guardaba las bolas de cristal con que jugara de niño.

Un sustantivo no era eso mismo. A los efectos del poema era cascada, torrente, oleaje, resaca. Y más preciso aún: río Orinoco, océano Atlántico, Corriente del Golfo, mar Adriático. Un adjetivo tampoco pertenecía a la categoría gramatical de calificativos. Era trémulo, palpitante, vital, conmovedor, patético... Y los verbos también dejaban atrás las abstracciones académicas para convertirse en nadar, zambullirse, flotar, emerger. Cuando combinaba, cuando la contigüidad le obligaba a elegir, tampoco era una composición sintáctica sino frases que aspiraban inútilmente a ser musicales, como el torrente patético del que emergió tras la muerte de su padre en un accidente aéreo, el río de aquel agosto del desempleado donde trémulo y vital nadó contracorriente, el Adriático conmovedor que zambullía el recuerdo de una novia italiana.

El sabía lo que buscaba. El enigma no estaba allí. La aventura por las palabras escurridizas partió siempre no de la sospecha sino de la certeza de que la poesía era de otra galaxia o de un hueco negro en el cosmos. Su energía, por tanto, carecía de los vaivenes de lo positivo y lo negativo. Porque la banderola a cuadros de su meta como poeta era tan íntima que se parecía a la pijama de pequeños óvalos azul cobalto que Clodia se había puesto esta noche, cuando pasó por la terracita y le invitó a irse a la cama con ella, desentenderse del recital.

Valerio recordaba más o menos los alrededor de veinte poemas y lo que abría era el precipicio de qué se podría percibir en cada uno de ellos. No el juego de cuando los escribió sino un juego más inefable, que involucraba a los receptores que seguían el partido de fútbol por radio porque a esa hora estaban manejando un camión o limpiando oficinas, que lo veían por televisión mientras comían pizzas de jamón y tomaban cervezas bávaras, que al día siguiente lo leían en el periódico porque estuvieron de guardia o en una recepción. Y hasta los que sí estuvieron sentados en la gradería tenían intermediarios, otras voces o cámaras o comentaristas que alteraban la recepción según el sitio que ocupaban en el estadio, según los que estaban sentados a sus lados, según hacían la digestión mientras asistían al juego.

La puesta en escena era quien le llevaba a un circo donde su cara alargada, de mandíbula con pellizco al centro, salía al ruedo como trapecista y payaso, domador de leones y malabarista. Las antiguas frases de los reseñadores cuando aparecía un libro de nuevo le ponían ante un «lanzó el volumen» como si se tratara de un barco, un «sacó a la luz» como si fuese ginecólogo. El drama se le representó a Valerio ante la inexorable existencia de cualquier auditorio. Y no era uno de los tantos casos de los que padecían miedo escénico, porque muchas pruebas albergaba de lo contrario, desde siempre hablar en la reunión de inquilinos —aunque siempre dijera lo mismo— hasta mil y un actos públicos donde jamás se le doblaron las piernas o le tembló la voz al pedir la palabra.

Pero Valerio, al fin en la curva de interrogación, desdobló el mensaje decisivo. Los paréntesis anteriores en la terracita le despejaron el escrutinio. La votación favorecía a los cuellos de cisnes, a una imagen tan gastada e intacta como las pirámides. Las verdaderas aperturas de su fajo de poemas comenzaron al colgarse del signo, de la pregunta clave: ¿Puedo hacer algo para que ellos entiendan lo que quise sugerir en mis versos?

El silencio de la hora también invadía el barullo que zarandeaba al poeta contra las caras del público. La respuesta se dejaba penetrar lentamente, anillo tras anillo, por la gruesa evidencia de que argüía con las arenas del Sahara. Cerrar la pregunta no cedía el paso a respuesta alguna. Un suspiro de nada, tan breve como el posible gesto de reprobación o de cumplido, de loa o de vituperio, resumió la disquisición que había urdido. La certeza era igual al viento del este que comenzaba a soplar trayendo una blanquecina claridad. No había nada que buscar, el tesoro nunca había estado escondido...

Valerio se puso de pie y se asomó a la baranda. Miró la ciudad que diecinueve pisos más abajo comenzaba a perder la modorra y los charcos de la madrugada. Se inclinó hacia delante sin prisa, como alguien que cuando entreabre la puerta de una cantina busca a los amigos en la barra de cada viernes. Entonces un real brochazo de sudor le empapó la frente. Y Valerio

sonrió levemente, siguió desafiando el vacío, soltó las manos que alguna vez escribieron los poemas para un recital que todavía no se ha efectuado porque es hoy, esta noche a las ocho en punto, en el Liceo.

Enseguida Valerio volvió a ponerse recto. Y decidió irse a dormir junto a Clodia, tirar las aprensiones como si fueran la despeluzada brocha de un pintor, dar la espalda a los cocuyos de la ciudad y caminar hacia su habitación con una sonrisa sin enigma porque ya no le interesaban los enigmas que cualquier interlocutor experimentara ante sus poemas, con una sonrisa sin sorpresa porque ya no le interesaban las sorpresas de una metáfora o los comentarios de algún crítico, con una sonrisa que no indicaba más que una sonrisa... Bostezó agradecido. El sueño al fin le había llegado, tan ligero como los versos que recitaría.

Conversación con un hombre silencioso

No es un discurso lo que oímos
en esta conversación, sino el sonido
de las cosas y su movimiento:
el otro hombre, un monstruo azul turquesa que nos ronda.
Wallace Stevens

«Turquesa» —se dijo para saber el color de la hora, cuando sólo iba un brochazo naranja por el horizonte. «Azul turquesa» —pensó Rodobaldo mientras trotaba acompasadamente y las arenas de Varadero también adquirían el matiz, la vertiginosidad del pensamiento, del asedio porque restaban unas horas para decidir y la semana había corrido sin abocarlo. « Un monstruo azul turquesa» —reflexionó, como si el tiempo fuera Lena y lo amenazara con una doble hilera de dientes.

La carrera le sudaba hasta el escozor salobre en los ojos y la pegajosidad de la tela azul, del trote como un discurso húmedo y silencioso. Y Rodobaldo volvía a Lena sin perder el ritmo. La respiración abdominal, aprendida cuando era estudiante de pintura en la Academia de San Alejandro, ayudaba a evitar los desasosiegos. Pero hoy expiraba la reservación del hotel y no podía alejar a Lena, a la mordedura, al cuerpo restregándose contra el de Luis en la pista del Capri.

Entre paso y paso reconstruía los sucesos salobres, hiriéndole a partir del baile. Rodobaldo iba hasta la pista por la derecha, después de excusarse con la mujer de Luis. Sus ojos, desenvolviendo una rara intuición, lo llevaron detrás de la primera mesa, casi al lado de la orquesta. Pegado a los boleros de miel pudo observar que a Luis se le perdían los brazos por la cintura, atrayéndola entre compases cadenciosos. Y no ver más. Regresar con el desgarrón convertido en falta de aire, en ron y ron hasta que Luis, aconsejado por Lena y María, decidió pedir la cuenta, llevarlos a casa.

Miraba indistintamente hacia la arena y el horizonte, pero veía el Instituto de Planificación Física, comprobaba que Lena y Luis iban a inspeccionar la ubicación de una obra y se refugiaban en el apartamento de Almendares, cuando supuestamente él se encontraba en el Taller de Grabado de la Plaza de la Catedral y no junto al flamboyán de la esquina. De nuevo salía Luis, suelto y rápido, mientras Lena quedaba lista a las apariencias de un regreso del trabajo o del mercado paralelo, a esperar como si no hubiese enconado las heridas.... Lena esposa o arco tirando preguntas de si adelantó la serigrafía o de si estuvo peor el almuerzo o del contrato con el Fondo de Bienes Culturales. Lena quejándose de los precios y diciendo que prepararía un arroz con calamares entintados. «Entintados» —pensó.

Cada pie sobre la arena turquesa dejaba un tajo, como si los granos se transformaran en ácidos o vidrios, en millones de puntillas. Rodobaldo recibía las dentelladas sin cambiar el paso, extenuándose a ver si bajaban las angustias y mantenía una serenidad que favoreciera la decisión. Los recuerdos eran ratones, lo mordisqueaban sin respiro el día antes de haber llamado a la oficina y salir a su inspección. Eran detalles de Lena atendiéndolo a la mesa, al televisor, a la cama donde la escena de la pista perdía filo. Hasta el despertar acaracolado, con los aguijones aún durmiendo, aletargados por los hábitos del matrimonio. «Lena» —dijo, enterrándose un punzón de besos falsificados. «¿ El amor?» —se preguntó, y el brochazo naranja del atardecer parecía una llaga en el horizonte azuloso.

Continuaba la marcha y el sexo era un colgajo bamboleante, sin sostén, tan humillado como cuando subió al apartamento y se enfrentó a Lena con los alfileres hincados entre las piernas. Inútil como en el recibidor del hotel, cuando se dio cuenta que la muchacha rubia no le había pedido el salero por gusto, que a la salida del comedor se entretenía esperando un pretexto de conversación, quizás pensando que él fuese extranjero, con muchos dólares; esperando un paseo por los arrecifes que dan a la bahía de Cárdenas para después quién sabe en cuál habitación ayuntarse en memoria de su trotar vespertino. Rodobaldo cosía las heridas y cada puntada en la memoria era

una frase en el cuarto, sin gritar, para que los vecinos no masticaran la humillación entre burlas, no hicieran la tarde con el chisme. Y veía a Lena sin ensartar mentiras, admitiendo lo de Luis como quien dice que fue al museo, aceptando desde un rincón, temiendo desatar más violencia.

Rodobaldo bordeó a una adolescente acostada boca abajo que miraba hacia el oleaje blanquecino. Ni siquiera le tiró la vista a las nalgas que parecían saltar de la telita roja. Ante la pregunta de por qué no se lo había dicho y así él hubiera recogido, vuelto donde los viejos, Lena sólo murmuró que no estaba segura de nada, que no sabía...Y ahí le alzó la voz quebrada por las incertidumbres, por la encrucijada. Los pasos de Rodobaldo, como ante el silencio de los matrimonios donde nunca afloran los deseos insatisfechos porque la vida se haría más cruda, se fueron para las luchas cotidianas en las colas de las tiendas y cafeterías, en los ómnibus atestados, en la espera del cobro, en el trabajo rebosante de reuniones y reuniones. Pero Lena seguía cortando a cuchillo cada intento por generalizar, por adormecer las angustias turquesas. Y cada zancada abría arañazos, colocaba banderillas en la arena del discurso silencioso, como cuando leyó *La insoportable levedad del ser* de Milán Kundera y las analogías le amargaron aquel fin de semana.

Rodobaldo desempolvaba la maleta que le vendieron cuando el viaje a la Unión Soviética, la caja del televisor Caribe para meter pinceles y tubos de óleo y libros, sin acomodarlos porque el llanto de Lena sobre la cama lo impulsaba a concluir lo antes posible con sus pertenencias. El sonido de las cosas cayendo en la maleta y en la caja rompía el murmullo, los hipos, los gemidos de Lena. Sorteaba los guijarros, pero las picas de una posible venganza no se iban de los costados, le sugerían hablar con María de que su marido era un mierda capaz de levantarle la mujer a un amigo; llamar a Luis y citarlo para el Bosque de la Habana o el parque Lenin, a resolver en vivo y a lo que fuera entre sus manos rompiéndole los testículos, los dientes. Arrastrar a Lena hasta la calle, a esperar que el patrullero los condujera a la estación de policía, al acta del escarnio, de la violencia que no pudo contener porque el tarrudo es el que sabe y aguanta, no quien se entera y resuelve, liquida la cuenta. Como si proviniera de otro hombre, la agresividad logró

apurar el paso, la respiración. Rodobaldo pensaba que acelerar los movimientos le impediría llegar hasta el Hotel Internacional, completar los casi cinco kilómetros que cada tarde corría antes de volver a su hotel, a prepararse hoy para el retorno a la Habana. « La Habana» —murmuró. Y el falso argumento que relaciona prostitución a gran ciudad renació mellando las navajas de Lena, la perdición de trozar el matrimonio como pan viejo, el vicio de la aventura por el monstruo habanero. Poco a poco retornó a una cadencia soportable mientras de nuevo se veía con la maleta y la caja listas, sin despedirse.

Rodobaldo avanzaba sobre su memoria, abría la cicatriz turquesa para encallar los prejuicios y aprensiones cuando Lena lo llamó por teléfono y se citaron en el parque de Víctor Hugo, cerca de la heladería Coppelia, la noche antes de venir a Varadero, cuando habían pasado cinco o seis días desde que recogiera para la casa de los viejos y Lena le rogó verse, oírla un rato, por los cientos de recuerdos agolpados.

Respiraba con el abdomen y volvía a sentarse allí, en el banco del parque, mientras el brochazo de naranjas se empequeñecía detrás del oleaje.» la nostalgia» —se dijo. Y la sintió inconclusa, tomando cuerpo de gaviota o de alcatraz, desplomándose sobre el mar. «La nostalgia» —se repitió al verla revolotear irascible, asfixiarse por allá dentro y luchar por seguir aleteando confusa. Y era Lena cuando se hicieron novios o cuando por primera vez estuvieron de vértigos y caricias. Lena a la intemperie del cuento, perpleja, con los dientes creciéndole ante el estupor azulino. «¿La nostalgia?» —se preguntó para intentar definir qué era la mezcla turquesa de regreso y rabia, de un agobio que el trote no sofocaría porque cada metro sangraba por una anécdota o por alguna truculencia en la ducha, por un regalo de cumpleaños o por algún chiste político compartido sigilosamente...La nostalgia por fin la sintió como una desgarradura imposible de sanar porque dejaría de ser Rodobaldo; porque Lena se transformaba en ráfagas, en cuerdas sin deshilarse, con otros clamores tejiendo las grietas. Aquellos instantes de celar y romper eran una ronda de azotes al borde de la resaca, de Lena que seguía cayendo sin tregua, temblando azulosa. « No podré quitármela»—pensó.

Las palabras en el parque le rodaban dentro de las gotas de sudor. Otra vez la oía decir que Luis cuando se enteró lo había tomado como un acontecimiento inevitable, que mejor se hubiera solucionado con una conversación entre hombres, sin tapujos; que Luis le confesó la decisión de acabar con su matrimonio, desaparecer de aquella María donde nada podría restaurarse, donde la demolición definitiva era la única posibilidad de seguir viviendo; que Luis se había alegrado de la rapidez con que los sucesos corrieron, a pesar de lo que era o parecía ser una traición y no tener otro sentido que el azar enamorando, torciendo el camino que ahora disfrutarían juntos, arrancando de cero, como si María y Rodobaldo fueran gente extraña, desconocida siempre. Así le contaba Lena y añadía que le ofreció casarse, esperar el papel del divorcio para el estreno burocrático de aquel azar, sin las vejaciones de sentirse ladrón porque el inicio salobre se borraría en las pesadillas de la infancia.

Y Lena, a su lado, le agregaba lo más sorprendente: la inesperada confesión que le martilló la semana y se hundía ahora en el color del atardecer contra la rapidez de los pensamientos. «Un monstruo azul turquesa» —volvió a decir Rodobaldo, como si fuera el único modo de encarnar al tiempo por la playa que se iba bajo los pies, como si la doble hilera de dientes se clavara con más fuerza en los tendones y la boca de Lena lo esperara al final del trayecto, lista a engullir cada una de las variantes que había resollado durante la semana. De nuevo sentía Rodobaldo el mordisquear de la taza de café con leche del desayuno, de la casa sobre la piel irritada. La decisión era el ruido de la llave del lavabo con la garraspera de la zapatilla vencida, los muelles del colchón cuando ella galopaba sobre sus muslos.

Corría los últimos cien metros y las sorpresas de Lena retornaban a sus oídos en el parque, marchaban a su lado. Le decía que cuando Luis comenzó a enamorarla en el trabajo lo tomó desde la coquetería. Un halago que no venía mal después que el espejo comienza a mostrar unas leves líneas en las sienes. Un cumplido alimentado por ocho o diez horas diarias entre proyectos y visitas a obras, por criterios comunes sobre urbanismo y diseño, por asambleas donde se unían para defender vanamente nuevos modos de mejo-

rar la eficiencia, las calidades de las construcciones contra órdenes, planes, metas que parecían caídas del cielo, bajadas del Olimpo. Le decía que al mismo tiempo él se fue sumergiendo en una de sus crisis con el lienzo imposible de pintar, en agresividades ridículas, silencios e indiferencias que sentía como si ella fuese un aditamento, una costumbre a la que no renunciaba por comodidad y abulia, por miedo. Le decía que entonces sobrevino la salida al Cabaret Capri, la desesperación de Luis por ella y su curiosidad ante un cambio, una manera de romper la rutina y las agresiones venáticas y la falta de sorpresas. Y también algo de gusto hacia el hombre enloquecido que le mandaba cartas adolescentes... Le decía que la tarde en que los sorprendió fue la primera, pero tras el rompimiento habían vuelto cuatro o cinco veces, en el apartamento y en el Hotel Mar Azul de Santa María durante el fin de semana, ensayándose, probando a ver si el proyecto era como el trabajo en Planificación Física. Hasta ayer, cuando Luis decidió no esperar más y le contó a María, se despidió del hijo, recogió como él y se mudó al apartamento, a convivir aunque el papel del divorcio demorase.

Rodobaldo y Lena iban por el discurso silencioso. Ella abría las sorpresas: confesaba no saber cuál de los dos le tintineaba de verdad, y hasta confusiones de nombres agriándole a Luis la risa o el abrazo sin que las excusas lograran otra cosa que ulcerar los minutos, prolongarse horas como una hipoteca. Le contaba que a cada rato surgía algún recuerdo, y aunque tratara de sacudirlo retornaba sutilmente en un detalle sobre el cual nunca había reparado, en un gesto de alegría o fastidio. Le decía que la situación era, tenía que ser transitoria, inevitable tras el tiempo.

Trotaban las palabras de la confesión hasta el horizonte turquesa, hasta el punto más insólito, como los aguaceros de enero que rompen un día soleado con sus vientos norteños. Lena llegaba a la cúspide azulosa, rondaba el delirio, le pedía estar juntos, aunque fuera una sola vez. Y Rodobaldo se veía de nuevo en el parque de Víctor Hugo sin saber qué hacer ante la petición que se movía como un monstruo entre lo absurdo y lo inmoral. «¿Lo inmoral? —se preguntó ahora, cuando hinchaba el abdomen para aspirar el aire yodado. Y las palabras silenciosas de Lena avanzaban hacia el final de la conversa-

ción, a su risa despectiva y nerviosa frente a la desolación de aquella cara absurda, frente al desamparo que era tan cierto como el atardecer. Y Rodobaldo oía de su insomnio sin que los psicofármacos pudieran desbaratarlo, darle un poco de calma cuando razonaba la situación y trataba de verla como la vejez, la nada, el sin sentido aparente o real que tenía la petición imprevista, el ruego que de consumarse abriría cráteres, temblores, otro ciclón.

Los jadeos se hermanaban a los del parque, a la reacción de odio y furia. «Puta» ——volvía a decirle Rodobaldo en medio de un esfuerzo enorme por no perder la cadencia de las piernas, por evitar que la rabia también tomara la carrera. Pero sabía que hoy la lasitud, el espejismo de cada kilómetro recorrido, se convertiría en la terminal de ómnibus de La Habana, lista a bajar el ruego, el esguince, el derrame del líquido sinovial que lo bañaba de humores verdosos. Tragaba en seco la reacción agresiva. Sentía el jadeo en el parque como si lo convirtiera en un monstruo, en otro hombre cuyos escrúpulos saltaran hacia el tragante de la calle, a mezclarse con los detritus y las ratas, a sentarse al lado de Lena, de Lena que goteaba en el parque de Víctor Hugo una novela rosa.

Próximo a la meta se preguntó qué le había dicho, para que ningún matiz se le escapara por la arena. Y recordó como después de un largo silencio prometió pensarlo, le contó que se iba a la mañana siguiente para Varadero, a desconectar la turbonada que se había formado de ahora para luego, a serenamente pensar las cosas y su movimiento durante una semana en el hotel cuya reservación le había resuelto un amigo pintor. Pero también recordó la promesa final: la respuesta que tendría que dar al ruego cuando llegara, a las diez de la noche de hoy, en el mismo banco del parque. Y la arena tuvo otra vez espinas, cuchillas tasajeándole los pies, lacerando la decisión que se abocaba con prejuicios, colmillos, deseos que hervían con las brasas de cinco años y de las últimas semanas. Los cien metros finales fueron saltando inexorables. Rodobaldo iba dando forma a la decisión. La veía delante, tan sencilla que era increíble no haberla tomado durante la semana, deportivamente. Lena oiría la aceptación: él también deseaba revolcarse como novios y conversar después, en paz y caricias, asombros para retornar a

un lienzo en blanco. Lena debía comprender que lo triste era regresar al pasado porque ni uno ni otro estaba seguro, porque quizás volvieran los engaños y furias. Lena podría seguir con Luis, esperar el divorcio y casarse con aquel hombre que abandonara a su familia. Ellos se encontrarían de vez en cuando por ahí, con la emoción de alguna escapada bien urdida, en casa de los viejos, en alguna posada, tantas veces como el deseo y las circunstancias fuesen propicios. Y serían encuentros sin sombras oscureciendo los colores, sin mentiras ensuciando la tela.

«Perfecto» —se dijo cuando estaba a dos pasos de concluir la carrera y ya se había borrado el brochazo naranja del horizonte. «Perfecto» —se repitió Rodobaldo para comprobar que era la solución exacta, el premio a la semana de ejercicios. Entonces fue deteniéndose poco a poco, alzando los brazos para ayudar a la respiración abdominal que le sosegaría antes de regresar a bañarse, liquidar la cuenta, salir para La Habana, llegar al parque de Víctor Hugo. Cuando por fin se detuvo sintió la dentadura de Lena, la doble hilera como una risa despejando la ronda de preocupaciones, de monstruos turquesas.

Diana querida

A Pierre Klossowski

Carta de reinvención, Diana. Trataré de unir fragmentos ante los minutos movedizos. Pero tal vez lo sensato sería el silencio. Perdóname entonces el egoísmo de la escritura. Y hacerte el truco de postergar el enigma para el final, sencillamente porque para mí nunca lo fue. Al menos, cuando termines de leerla, abrirás otro azar. Quiero que la flor se deshoje solita en tu cuarto, sobre la cama que nunca usamos, sin que ni siquiera yo llegue a saber por cuál pétalo optaste, cuál opinión sobre mi actitud será la que construyas.

Sólo reinventaré dos recuerdos. Del primero te enterarás ahora. El segundo cubre la decisión. Los dos parecen irse de cacería por un bosque, detrás de un ciervo. A los dos los acompaña una jauría de perros al acecho, prestos a descubrir la víctima del acoso. Es decir, prestos a morderme, desmembrarme.

El primer recuerdo es un poema que he intentado escribirte varias veces. Los versos quisieron ser otra carta. Rompí el último simulacro, se parecía demasiado al de un poeta portugués que leí hace tiempo. No te alarmes, apenas tengo en la memoria una borrosa idea de mis renglones manchados, martillados sobre el cristal de esta mesa. Pero sí el sabor espléndido de las ironías que en el original son como un picante azteca. El olor a piña de una sabiduría agridulce.

Dice, más o menos, que todas las cartas de amor son ridículas, pues no lo serían si no fuesen ridículas. El poeta habla de que en su tiempo había escrito cartas de amor, como las demás, ridículas. Porque las cartas de amor, si hay amor, tienen que ser ridículas. Entonces, sin importarle la repetición de palabras, o más bien buscándola, empieza a desatar la ironía. Reflexiona que, al fin, sólo las criaturas que nunca escribieron cartas de amor son las que son ridículas. Afirma que, la verdad, son sus recuerdos de esas cartas de

amor los que son ridículos. Termina, si la memoria no me engaña, con un sarcasmo contra las palabras esdrújulas, contra la humanidad y los sentimientos esdrújulos porque son, naturalmente, ridículos.

El primer recuerdo, como ves, no pasa de ser una ridiculez. Pero a través del poema, de las torpezas esdrújulas, preciso la decisión que espero comunicarte en el último párrafo, después que logre hilvanar los fragmentos del juego, del destino incesante, y llegue a la privacidad del silencio, a la firma que debes leer como mi último escondite. Desde luego, un escondite íntegramente ridículo.

Parece que la casualidad cubre los extravíos del segundo recuerdo. No pensaba ir a la casa de la playa, ni sabía de la excursión. Ovidio me llamó desde la acera y a grito limpio pudo convencerme. Desidia y embullo, Diana querida. Porque detesto los domingos, son peores que los lunes, se desbaratan en la obligación de divertirse. Y aquel día, quizás lo recuerdes, estaba medio nublado. Por inercia, y por no hacerle el feo a Ovidio...

La reconstrucción de lo que precedió al baño no merece detalles: olas y chistes, arena y chismografía, sol y más obligación de estar alegres. Verte salir del agua sí fue, literalmente, una conmoción. Sabía que de seguirte mirando fijo un espeso embarazo envolvería al grupo. Ariadna, Penélope, Helena, Orestes, Ulises, Ovidio..., todos se darían cuenta. Bajé la vista. El esfuerzo me latía en la boca. Disimulo: castigo sin haber hecho nada, culpa gratis, oferta de la carne apresada en las dos piezas de la trusa. Perversidad de la mirada.

Ante lo que sucedió después sólo puedo abrir unas preguntas. Porque lo cierto tal vez sea que uno no escoge. Hay un desvarío que nos posee sin pedirnos permiso, una emboscada que por comodidad o por ignorancia decimos que estaba escrita, que es obra de los dioses.

¿Por qué entré a bañarme si normalmente me quedo con la sal en el cuerpo, espero a llegar a la casa, darme la ducha de agua dulce con la ventaja

del champú para enjuagarme bien el pelo? ¿Cuál curiosidad me hizo seguir las voces del portal y escucharte decir que estabas apurada por bañarte porque debías preparar esa noche no sé qué seminario de tu escuela? ¿Cómo me entró la obsesión de verte desnuda, contra la posibilidad cierta de un escándalo? ¿Por qué la disposición emboscada del deseo me llevó a explorar las dimensiones del closet, experimentar la alegría de hallarlo vacío, de que sí cabría un poco apretado, de que por las persianitas tendría una visión perfecta de la bañadera? ¿Cómo logré urdir el plan en tan vertiginosos segundos, a pesar del nerviosismo galopante, de los ladridos que me advertían las posibilidades de ser insultado, expulsado para siempre del grupo entre burlas y desprecios?

Me vestí en un dos por tres. En otro dos por tres salí al portal, me cercioré de que supieras que el baño ya estaba libre, y con el pretexto de ir a tomar un vaso de limonada casi corrí a escabullirme dentro del closet, a esperarte con la mirada transgresora, preso de la astucia erótica, de la maldición que impelía la animalidad y del milagro que caería junto con el telón de la trusa.

Mancillé tu cuerpo, Diana. Insulté maravillado la naturalidad con que zafaste el broche del ajustador, la rapidez de tus caderas desembarazándose del diminuto pantalón de licra blanca. El tiempo se suspendía en el espacio donde el chorro de agua iba golpeando suavemente tus pezones erguidos, la línea dorsal, la firmeza de tus nalgas, la oquedad de los muslos. La aparición tenía un poder divino donde yo entremezclaba la erección con el desvanecimiento, la culpa de saber que no debía estar allí con la pasión de que por eso mismo estaba contra las persianitas, sin respiración, atónito desde la eternidad redonda de tus hombros, desde la delgadez de tus muñecas y manos.

Mi tumulto se transformó enseguida, cuando comenzó la ceremonia del jabón. Casi me parecía oler la frescura que exhalaba tu cuerpo. No siento rubor al escribirte cómo a plena luz tu cuerpo se me hacía líquido y se transparentaba como si fuera una estatuilla de jade. Quizás mi desenfado en esta carta es porque logré resistir las tentaciones de interrumpir el baño, lanzarme hacia ti con la grotesca avidez de lamer toda la espuma del jabón.

Quizás se deba a que contuve el deseo endemoniado cuando la vulva sonrosada resbalaba entre tus dedos, cuando descubrías sin preocupación los labios secretos mientras la espuma blanca serpenteaba y hacia pompas por los pelos negrísimos, como si un poco de mercurio sobre la plata del pubis los dividiera en ramas y hojas que representaran tu árbol, que en el centro esperaran el tronco.

La zarza ardiente, Diana. Inalcanzable y por ello más transgresora, más apetitosa. Disidente y procaz contra las gotas de agua que yo imaginaba como mi saliva por el cuello, por las axilas, por los senos. Si, así fue: la delectación de mi vista uniendo los sentidos, multiplicándolos rabiosamente desde el closet gruta, desde el closet caleidoscopio, desde el closet tan real y tan virtual como tu piel de oro.

No hacia falta que me masturbara. Mientras te secabas tuve el éxtasis que sé imposible de volver a lograr nunca más en mi vida. El prodigio sin tocarme, sólo contra el roce sedoso de mi vista oblicua sobre tus carnes. Intenso y eterno, duro a pesar de los chorros de savia que comencé a lanzar con fuerza, con espasmos que despedazaban los sentimientos de culpa, la sensación del delito porque parecían abrirte los muslos con el ardor de un ácido, penetrarte con la danza de una orgía que se celebraba en los dos o tres metros que nos separaban.

Sí, mi vista era una flecha roja y blanca temblando en el arco de un carcaj de plata, era tu ignorancia y tu virginidad como blanco y rojo inalcanzable. Me creía un diosecillo cuya impudicia retaba el vulgar comercio de los cuerpos, las trilladas uniones entre mujeres y hombres, el sexo corriente, aburrido, milenario. Te juro que en ese momento yo era Dionisos. Mientras te vestías se encarnaba en mí un impulso suspendido que me hacía sentir único, diferente. Aquel rodeo por ti y por mí transformaba la separación en un encuentro tan raro como la metamorfosis de un hombre en ciervo, más demente que si hubiéramos retozado juntos bajo la ducha. A mi vista no podía torturarla ninguna torpeza física, ningún detalle helado. Era, sencillamente, invencible.

Por eso cuando todo comenzó a desmoronarse empecé a llorar de miedo. Pero no por ti, ni por el grupo, ni por la sorpresa, sino por la imagen que se fragmentaba, que se caía a pedazos. Porque verte avanzar hacia la puerta del closet, abrirla, mirarme de arriba a abajo con aquella sonrisa picaresca, fue dejarme ciego. Me sentí rodeado de perros, llegué a sentir las mordidas, los colmillos que me desmembraban con furia, que me castigaban entre ladridos de triunfo por haber culminado la cacería.

La ridiculez de la carta de amor que nunca te escribí es tan esdrújula como el cuento del baño. Por eso no queda ningún enigma. Tú misma te encargaste de romper el misterio. Y no puedo, así no me interesa. Prefiero quedarme con mi vista, con los tumbos de la imaginación sobre tu cuerpo mojado...Entiende la decisión. Comprende que no deseo verte más para seguir viéndote, para que nada rompa aquellos minutos donde encarné la transgresión.

Adiós Diana querida, siempre tuyo,

Acteón

Eisagelio

El enigma del nombre griego no tenía por qué precipitar sus temores. Había sido un encuentro tan deportivo que la advertencia le pareció una broma. Una broma sórdida, enquistada en el cerebro de algún degenerado, pero que no ascendía a la dulce veracidad de lo sucedido. Con ese espíritu pedaleaba hacia el hospital, a buscar el resultado de los análisis de sangre que por un lejano si acaso se había hecho el día antes.

Rodaba por la senda de la avenida reservada a los ciclistas, y rodaban los recuerdos de él con su camisa ajustada a los bíceps, de la delicia aventurera desde que se conocieron en el baile de la playa al Este de la ciudad, entre los ritmos pegajosos de la salsa caribeña. Rodaba el desenfado con que ella había aceptado la invitación a bailar de un desconocido, de ella misma que se sintió electrizante, subyugadora. «Esa es la palabra» —se dijo—: «Subyugadora».

Y el desarrollo de la relación inesperada iba abriéndose como el paisaje de edificios y palmeras que corría hacia atrás, que la bicicleta iba cercenando como si fueran rebanadas de carne asada sobre una fuente blanca, tan blanca como la sábana donde aquella noche se revolcaron risueños, olímpicos, entre bromas eróticas y alguna frase obscena, excitante. Eisagelio que a la cuarta o quinta pieza, que al tercer coctel de ron con jugo de piña se sintió más macho, y creyó que era él quien comenzaba a permitirse libertades, un acercamiento comprometedor después de que ella se despidiera de las dos amigas con las que había llegado a la fiesta. Eisagelio que intentaba suavizar la resistencia a los roces conspirativos de sus muslos y presionaba con el brazo y la mano sobre su cintura, intentaba la progresiva aproximación de las caras, de las bocas.

Eisagelio que la intentaba enamorar por las caricias y las palabras que siempre transitaban hacia lo mismo. Y ella que se dejaba hacer cada vez más entre compases cálidos y percusiones que retumbaban en todo el cuerpo...

Hasta que aceptó, sin los clásicos peros, la invitación al hotelito cercano, tan ávida como él de ayuntarse, soltar amarras, navegar por el sexo.

Ahora ascendía la loma del costado de la universidad con ánimo pero sin ansiedades, como quien va a verificar algo que de antemano le suena a chatarra. Y recuerda cómo Eisagelio la acompañó por la madrugada hasta la puerta de su casa. Los besos de satisfacción por el éxito de las ceremonias que sus cuerpos habían festejado sobre la sábana blanquísima, sin una sola mancha. Y lo vuelve a ver al pie de la escalera, con la promesa vaga de encontrarse alguna vez, al azar porque él tenía novia, se iba a casar, y lo de ellos no rebasaba la sabrosa lujuria de un rato, de un baile salsero de verano.

Por fin en la cima, dobló a la izquierda, hacia la entrada del hospital. El remordimiento porque no lo obligó a usar preservativo se le unía a la insatisfacción de su vanidad porque no la había llamado, a pesar de apuntarle el número en la libretica de direcciones y a pesar de que dos veces le insistió. Pero rumbo al laboratorio central, al normalizarse el pedaleo y la respiración por el terreno llano, más bien su mente estaba para liquidar aquella cuenta, como si en realidad fuera a cumplir un trámite burocrático, a recoger una citación o un recibo.

Fue hasta el parqueo de bicicletas, la entregó, guardó la chapa de comprobante y caminó hacia el laboratorio. Cuando preguntó, sin nerviosismo, la empleada le informó que hasta dentro de una hora, a la diez, no empezaban a entregar los resultados. «Tremenda fastidieta» —se dijo, y dio media vuelta. Entonces se le ocurrió llegarse hasta la biblioteca central de la universidad, gastar la hora en averiguar el significado del nombre. La cercanía facilitaba el proyecto, y de paso Eisagelio dejaría de ser, como tantos nombres raros, un enigma que a lo mejor ni el dueño sabía el significado.

Salió por la puerta de peatones, pues era absurdo utilizar la bicicleta. Cruzó hacia la calle diagonal y enfiló hacia la biblioteca tras bordear el Aula Magna. Subió por la escalera de la izquierda, rebasó el salón de lectura general y entró a la sala de referencias. Familiarizada con enciclopedias, manua-

les y diccionarios, no tuvo problemas para encontrar el *Gran Larousse*. Pero no aparecía. Buscó el *Diccionario de uso del español* de María Moliner y tampoco. El *Diccionario de la Lengua Castellana de la Real Academia* sufrió también, inútilmente, la indagación.

Preocupada, a medida que iba consumiendo la hora nuevas búsquedas infructuosas precipitaban su curiosidad. Se le ocurrió entonces que a lo mejor tenían un diccionario onomástico. Nada. Decidió tomar el volumen correspondiente de la *Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo Americana* de Espasa Calpe. La idea había sido feliz. Allí estaba, pero en femenino: *Eisagelia*, lo único que la *g* era doble. Parece que por un largo proceso de ahorro el nombre se había comido la letra que en español sólo constituía una sobreabundancia. Allí estaba y el significado de inmediato la estremeció.

Una espesa frase sucedía a la explicación que de momento sólo comprendió a medias. A una mitad que sin embargo le abrió todos los temores acumulados: *Eisaggelia epi demosiois adikemasi* leyó dos veces, sin entender. Se llamó al orden. No acrecentaría la angustia, no revolvería el recuerdo de Abel, el carnicero que vio enflaquecer en la esquina de su casa, llenarse de ronchas blanquecinas hasta que dejó de trabajar, hasta que llegó la noticia de la muerte.

Como si tuviese que preparar un resumen para examinarse revisó cuidadosamente la ficha de la *Enciclopedia*. Ahora sí el nombre le entregaba, con exacta frialdad, su significado: *Eisaggelia* era acusación, sencillamente. Y venía del nombre de las tablillas donde los acusadores concretaban los cargos cuando se presentaban ante el Senado las denuncias. *Eisaggelia* decía jurídicamente que era también el procedimiento de condena para reprimir los delitos, desde la traición a la ciudad hasta el adulterio.

Buscó rápidamente el *Diccionario Enciclopédico de Derecho Usual*. Enseguida verificó el sentido de acusación, la denuncia que implicaba entre los ciudadanos atenienses. Ahora las dudas habían volado como cigüeñas. Ahora el muchacho de brazos fuertes se convertía en un brujo purulento, en un

cerdo. Ella había recibido —como decía el *Diccionario*— una *eisaggelia epi tais kako sein*, una inculpación por malos tratos, una recriminación pública, el cargo por su acto delictivo. «¿Delictivo?» —se preguntó.

El camino hacia el laboratorio, al filo de las diez, lo sentía como la ascensión al Everest, como si en la suela de cada sandalia le hubiesen colocado un adoquín. Ni oyó el piropo picaresco de un tipo de bata blanca. La torpeza de su andar contrastaba con la rapidez de las conjeturas e hipótesis que vertiginosamente bailaban en la salsa de su cerebro. Era la posibilidad de que él, sabiéndose enfermo, a través del nombre le hubiese dado una pista hacia el Síndrome de Inmunodeficiencia Humana. A lo mejor Eisagelio mismo había fingido la voz por teléfono para dejar el tenebroso mensaje...

Un bloque macizo, formado de preguntas, le oprimía los senos: «¿Me reveló el supuesto nombre desde el principio? ¿Estará ingresado en uno de esos sanatorios que dan pases los fines de semana? ¿Observé alguna mancha en su piel, algún síntoma extraño? ¿Hubo en la conversación algo sospechoso, cierta referencia velada? ¿No me inventaría lo de la novia y el casamiento precisamente para que no indagara, no pudiera descubrir la venganza? ¿Será bisexual? ¿Tendrá una fijación neurótica contra las mujeres? ¿Por qué me acosté con un desconocido? ¿Estaré loca?»

Se tiró un manotazo frente a la cara, como si espantase una mosca. A escasos metros del laboratorio buscó otras preguntas, las que pudieran serenarla, las que al menos calmaran un poquito las angustias: «¿Podrán existir seres tan malignos? ¿No es imposible que detrás de las caricias y sonrisas estén los punzones? ¿Por qué me iba a tocar a mí, precisamente a mí, un regalo tan terrible? ¿Siempre se transmite? ¿Por qué no le exigí el preservativo? ¿Cuáles serán los síntomas?» —y las últimas preguntas, lejos de aliviarla, habían avivado la angustia, el temblor tan real como el sexo de Eisagelio en el hotelito, como los orgasmos que desde hace meses estuvo deseando.

Casi frente a la ventanilla del laboratorio donde entregaban los resultados de los análisis, sin una gota de sudor, creyó que en lugar del letrero que identificaba el lugar estaba la frase telefónica, la única que le dijeron, la que provocó el relámpago que parecía caerle encima: «¡Bienvenida al mundo del SIDA!»

Logró articular su nombre y apellidos, a pesar de tener a Eisagelio en la boca, a Eisagelio arañándole las cuerdas vocales. Retiró el sobre y pudo darle las gracias a la empleada, que sonreía con una extraña complicidad, con un raro deje de burla y desprecio. No llegó, le fue imposible llegar a la acera. Se recostó a una columna del portal y ahí mismo abrió el sobre de manila. Extrajo la hoja de los resultados y curiosamente no la desdobló de prisa.

Debajo de los impresos con nombres hemopáticos, llenos de cifras y por cientos, sobre la blancura de la hoja, tan pura como la sábana del hotelito, una sola palabra brillaba, escrita a mano, con tinta convincente: «Negativo». Y el nombre de Eisagelio le pareció una paradoja heredada de los griegos, otro laberinto que no le borraría nunca la experiencia.

El póquer colorado

A la memoria de Mijail Bulgakov

El uniforme oculta los calzoncillos rojos de óvalos blancos, cosidos por su madre con un corte de algodón satinado que guardaba para un vestido. El teniente Abel se aleja unos pasos del espejo para esconder la barriga carbohidratada, de flaco estrecho. Toma por el manubrio la bicicleta verde olivo y se dispone a pedalear. Reacciona cuando le parece ver la sombra de Marilyn. En ella va pensando, con la rutina lenta de cada madrugada, al salir hacia la Oficina. Una conversación había quedado colgada. Otra vez la borrasca del divorcio amenaza su cronómetro de psiquiatra seguro de que la actuación no presenta fallos. Otra vez Marilyn le impide averiguar, evaluar.

Raúl sospecha que lo sacarán de la jaula del chimpancé y lo conducirán ante un oficial de caso. Mientras le pela un plátano, supone que el comienzo de la madrugada es ideal para extraer información, desestabilizar, amedrentarle. No hay sorpresa cuando abren el oxidado candado y le ordenan salir. Rumbo al interrogatorio trata de que se le escape la cabeza hacia otro lado. Y recuerda el inicio de sus relaciones con Marilyn hace unos tres, tal vez cuatro meses.

Abel avanza por la circunvalación hacia Villa, el antiguo colegio católico convertido en la Oficina cubana de *Disney World*. El tráfico despejado le permite evadir baches, favorece la sombra de Marilyn. No es la primera vez que desatan los diablos. Como cuando se empeñaba en cocinar y lavar y ante su negativa se fue para la casa de la hermana, hasta que logró rescatarla después de semanas de psicoterapia, de aceptar que saliera con el pelotero dos o tres veces, de comprender la aventura con aquel jonronero como acto de contrición.

Raúl camina despacio entre los dos guardias de terciopelo rojo y negro. Doblan por un pasillo y a una señal se abre una reja de barrotes rosados. Treinta o cuarenta metros después le detienen ante una puerta también rosada. El sargento gira el llavín, enciende las luces y le ordena sentarse en el sillón de dentista frente al buró gris metálico, encima del cual hay un juego de cartas extendidas en media luna. Le dice que espere. Siente el doble llavín cerrando

la puerta, verifica que el gabinete carece de ventanas, sólo una escotilla entre la pared y el techo, por donde sale un aire tibetano. Comprende que la espera, el sillón de dentista y el frío son partes del juego. Y cuida fuerzas, escapa a la imagen alocada de Marilyn, a su primera aventura con una mujer casada.

Abel detiene la bicicleta ante la garita. Coge aire tras casi cinco kilómetros de pedaleo. Dice la contraseña: «Papaya». Y espera que la reja se esconda detrás del muro malva, adornado con imágenes de Charlot. Va hasta el estacionamiento, apoya la bicicleta y anda hasta la estatua ecuestre. Saluda militarmente, pone rodilla en tierra, alza el mentón y declama la consigna. Se dirige a firmar el libro de entrada, tras apartar de un manotazo las piernas del oficial de guardia que ronca como una locomotora soviética. Y a su despacho, a repasar los documentos para ultimar la táctica del interrogatorio. Pero susurra el nombre de Marilyn, y antes de sacudírselo para abrir la carpeta azul añil, con una foto del payaso Oleg Popov en la cubierta, le dan rabias de lobo los cuatro años de uñas sacadas, electrodos en las sienes, picanas eléctricas en sus testículos. Calcula cuatro por doce, pero como aún faltan dos meses para el aniversario de boda, el tiempo machacado es de cuarenta y seis meses sin resolver su caso más importante.

Raúl piensa que ante el aire que sale por la escotilla temblaría un noruego de la Laponia, mucho más un mango vestido con el mono de seda violeta que le ordenaron ponerse.. A riesgo de una cámara oculta o de que se abra la puerta rosada, aparta la maquina de obturaciones, se levanta y comienza de los abdominales a las planchas, al calor que le trae a Marilyn el primer día que se acostaron. De nuevo le pide a Antón pasar por la puerta del costado, entrar a la nave donde la Biblioteca Nacional almacena los libros prohibidos bajo el rótulo de «Reserva Amarilla». Y de nuevo sobre un montón de volúmenes polvorientos, depredados por las polillas, retoza con Marilyn, encantada con la idea del sitio que ostenta en la puerta un lumínico con el letrero: «Almacén de Insumos», bajo unas siglas que descubre como Unión de Estudios y Análisis Casuísticos. Y mientras a cada plancha su cuerpo desciende y asciende, Marilyn aparece debajo moviéndose, gritando obscenidades, pidiéndole más duro y más duro porque dice que con su marido es una ceremonia de imposición de medallas, el discurso de alguna efemérides.

El dossier del detenido prueba la acusación por diversionismo ideológico: Intelectualoide autosuficiente e hipercrítico, como consta en el modelo 1984 de los informantes del barrio y del centro de trabajo, verificado por el celador del Comité de Zona y por el Núcleo. Abel lee las instrucciones del coronel: Ante las denuncias sobre el aumento de los presos políticos y las campañas orquestadas sobre violaciones de los derechos humanos, es imprescindible actuar con mayor inteligencia, no regalarle armas al enemigo. Ejercer de una forma discreta, con la astucia que los gusanos emplean para corromper funcionarios, favorecer deserciones, fraguar malestares, rodar rumores. Ni siquiera el gusto de llamarlos presos políticos. Comunes, tan comunes como los vendedores de mariguana. Y Abel sabe que requiere serenidad, contundencia... La confianza apenas sufre. Su entrenamiento es de primera, desde que lo reclutaran para la Oficina recién terminada psiquiatría y pasara la Escuela Superior. El único ruido es Marilyn atiborrada de trifulcas inconclusas, pendientes de juicio.

Raúl corre al sillón cuando oye pasos, alguien que se apoya en la puerta rosada. Un escalofrío borra el cuerpo de Marilyn, sus conversaciones contra la manía preguntona del marido, y le trae al arresto de ayer por la mañana en la guarapera que abrió un vecino en la esquina de su casa. El llavín no suena igual que el frenazo del auto, pero el desconcierto es la misma sensación de que está a expensas de ellos. La certeza de que sólo tiene derecho a aceptar es igual a la intuición que tuvo cuando un guardia se bajó del auto rosado, y apuró el vaso de guarapo porque sabía que era con él, que le tocaba poner la nalga, el merengue de los oficiales de caso.

Cuando Abel termina el dossier y se encamina a la puerta rosada tiene que suspender a Marilyn. Al introducir el llavín sólo es un teniente dispuesto a ejercer de manera impecable, como su uniforme de charreteras brillantes, como la idea que defiende sin sombra de vacilación, sin bajar la guardia un segundo, sin ni siquiera el fantasma de una duda. Allá fuera, a la intemperie, deja las decadencias y los suspiros de su mujer. Entra duro, entra como psiquiatra a extraerle las piezas al enfermo, aliviarse y aliviarlo, cumplir.

Ni se voltea a ver al que llega a Groenlandia. Raúl sabe que cualquier signo de ansiedad lo aprovecharía en su contra, y espera sin mover un dedo a que el dentista se acerque, rompa el silencio, le brinde caramelos de miel de abeja o un seco pescozón en la cabeza.

Abel cierra y sin mirar al reo da la vuelta hacia el buró. Pone el termo de café y el dossier sobre la superficie metálica, toma asiento y recoge las cartas que permanecían extendidas en forma de abanico. Las baraja como si hubiera acordado una partida de póquer con el que yace sobre el sillón. Las pone en dos paquetes que entremezcla con rapidez de vicioso. Cuando se unen toma una de arriba y otra de abajo para completar la preparación del juego. Tres veces repite las operaciones con agilidad de Las Vegas o de Montecarlo, sin alzar la vista hacia el detenido. Por fin habla:

—¡Déjese de boberías! ¡Échese para delante y pique! ¿Lo prefiere cerrado o abierto?

Raúl había jurado no dejarse provocar.

Como el póquer no le es ajeno puede contestarle enseguida:

—Cerrado es más elegante, y más rápido. Lástima que no tengamos fichas o monedas para apostar.
—Eso cree usted. Vamos a jugarnos sus *Fricciones*.
—¿.Cómo dice?
—Sencillo. Por cada partida que yo gane usted me explica una de sus *Fricciones*.
—¿Y si es al revés?
—El termo está lleno de café acabado de colar. Si gana le serviré.
—De acuerdo, señor...
—Señor teniente, pero no se preocupe por mi nombre.

Ni por el suyo. Aquí no importa, sólo el número de la celda.

—Gracias, muy amable.

Abel reparte cinco cartas con una sonrisa tenue, parecida a la que pone cuando su esposa llega tarde, le pregunta por qué y ella contesta con cualquier invento. Raúl toma las suyas concentrándose en que las manos no le tiemblen, como cuando tuvo desnudo el cuerpo sobre el montón de libros y Marilyn por pudor se cubrió la cara con *La rebelión de las masas*... Gana el dentista: tres reyes contra pareja de cuatro.

—¿Por cuál desea comenzar?

—Por el mismo título. ¿Por qué se llaman *Fricciones*?

—Usted sabe que trabajo de lexicógrafo. En el Instituto preparamos un diccionario de criollismos, un *Léxico Mayor*. Me dedico a cazar palabras...

—¿Entonces?

—Se me presentó un problema con textos que ni son ensayos ni novelas, que subvierten géneros. Están más allá o más acá de la dicción y de la ficción, son fricciones, subversión de los límites, oscilaciones tensas entre los distintos tipos discursivos.

—Por favor, sea menos críptico. ¿Qué tiene que ver con sus textos?

—Me gustó la palabrita. Me parece la más apropiada para
nosotros en estos momentos.

—Muy interesante. ¿Pero no le resulta pedante, pretenciosa?

—Desde luego. Mientras disfrute su hospitalidad no dejaré
de darle siempre la razón. Yo me reservo la verdad.

—Caramba... ¿Así que unas cuantas palabras mal hilvanadas y dos o tres frases son *Fricciones*? A lo mejor lo que necesita es un buen ungüento para fricciones en el cerebro: cebo de majá, lodo cenagoso, huevos de codorniz.

—¿Habrá en las farmacias o tengo que esperar alguna donación?

—Gracioso. Me gusta que mantenga el buen ánimo.
¿Qué pretendía con esos escritos?

—Me parece otra pregunta, fuera de contrato. Y quiero café.

—¿Jugamos?

El teniente baraja velozmente. Le permite picar el paquete. Reparte. De nuevo vuelve a ganar: tres reyes contra pareja de cuatro.

—Parece que hoy no está de suerte. Volvamos a la pregunta:

¿Qué pretendía con sus ficciones, fricciones, dicciones, como quiera llamarlas?

—Puro entretenimiento. Un recurso mnemotécnico, soy un desastre, se lo juro. Ustedes siempre le quieren fabricar la quinta pata a la mesa.

—Así es, por eso mismo no han podido arrebatarnos el poder. La quinta pata se llama quinta columna.

—Le vuelvo a dar la razón. La Oficina siempre tiene la razón. Las columnas nunca deben moverse, ni bajo un terremoto.

—Déjese de ironías, no está para complicarse más la vida sino para salir del lío, resolver en paz. Recuerde que se trata de un juego complicado, con facetas desconocidas. Aquí no todos los oficiales gustan de mis métodos, en cualquier parte siempre hay halcones y palomas...

—Siempre lo desconocido tiene algo atrayente, algún desafío, curiosidades a explorar. Y más cuando no me queda otro remedio.

—Volvamos a la pregunta. ¿Qué pensaba hacer con sus textos? ¿Cómo los iba a divulgar? ¿Tenía la idea de imprimirlos, fotocopiarlos, enviarlos a una emisora de radio o a algún periódico en el exterior? ¿Quiénes los han leído?

—Le ruego que revise bien, son apuntes como los que se toman en una clase, en una conferencia. A nadie se le ocurriría publicar algo que ni siquiera es un borrador.

—¡Ah sí! Que no sirvan no significa que usted deje de creer que ha escrito un testimonio imperecedero, soberbio. De poco le servirá el disfraz de modestia, quitar máscaras es mi plato fuerte.

—Si logra encontrarle algún sentido me hará un hombre muy feliz. Hasta a una piedra se le pueden sacar alusiones. Además, tendría que volver a ganarle al apuntador...

—Usted es uno de esos mediocres que como no pueden obtener fama con sus textos, limpiamente, se escudan en la disidencia para que les hagan entrevistas, artículos, fotos. Puro sensacionalismo mediático.

—¿Será que allá son bobos?

—Es muy triste servir de monigote, dejarse llevar por la vanidad. ¿Lo ha pensado?

—¿Y usted no se siente importante ahí, interrogándome?

—Hablando de interrogatorio... ¿Se anima a otra partida
o pasamos a un método más convincente?
—Me gustaría tomar café.

El teniente recoge las cartas como si se interesara en los adornos de las jotas y ases. Las baraja hasta que un ligero movimiento, una distracción de la muñeca, hace saltar una dama de corazón rojo. La recoge enseguida, pero los dos piensan en Marilyn. Abel se la imagina de rodillas, suplicándole que anule la solicitud de divorcio porque está arrepentida. De rodillas contándole cada insignificancia de sus aventuras, como en un caleidoscopio que gira contra su instrumental inquisitivo, contra su obsesión de que nada puede estar en la casa fuera de sitio, de que nada puede hacerse fuera de hora. Raúl se la imagina en cuatro patas, cabalgando sobre ella por el almacén, con riendas que la obligan a besar los libros; hasta que la tira contra *Masa y Poder* para ver cómo lame la cubierta, cómo su lengua acaricia el volumen; hasta que por último la lleva hasta una tonga que encabeza *El hombre rebelde*, y la posee por atrás sin que ella suelte ni un gritico porque muerde las letras del lomo. Los dos miran sus cartas. Gana el teniente: trío de reyes contra pareja de cuatro.

—¿No le parece extraño que siempre salgan las mismas cartas?
—Aquí el que hace las preguntas soy yo. ¡Déjese de suspicacias!
¡Pura casualidad!
—Debe de ser. ¿Por qué le gustan tanto los tríos? Acepto...
—Bien, me alegra su confianza. La Oficina es incapaz de las artimañas que usan a diario los escorpiones que hace décadas pretenden destruirnos.
—Es gracioso, siempre salen reyes y cuatros. Maquiavelo decía
que el azar es del carajo.
—¿Maquiavelo dijo eso?
—Por supuesto.
—¡Basta! Pasemos a su primera *Fricción*.

El teniente abre la carpeta, extrae un pedacito de papel gaceta amarillen-

to, rasgado en una de las puntas y doblado en forma de acordeón. Lo alisa con el borde de la mano:

Palabras que no se le pueden perdonar a un político:

Pueblo	Centralismo	Marcha	Mitin
Sacrificio	Ahorro	Deberes	Disciplina
Futuro	Partido	Vanguardia	Medicina
Voluntario	Socialismo	Masa	Educación
Líder	Historia	Comandante	Revolución

—Supongo un mínimo de valentía, que asuma la responsabilidad por el veneno.

—Las palabras también sufren, se anquilosan, pierden significado. Hasta el platino se desgasta.

—El único desgastado es usted, no trate de disfrazar un pesimismo anarquista pasado de moda.

—Su triunfalismo es conmovedor. Las utopías angelicales siempre fueron diabólicas, no esté tan seguro de que el anarquismo sea una reliquia. Peor huelen los sistemas jurásicos.

—Prefiero creer en el futuro que mirar para atrás con añoranzas.

—¿Y quién le ha dicho que a mí me gusta el pasado? Tengo más que de sobra con el presente.

—Estamos de acuerdo. Volvamos a su lista de palabras.

—Exactamente, el deseo de refrescar el idioma, de no ser esclavo de un lenguaje muerto.

—Buena basura será ese diccionario.

—El primer poeta que le dijo a su amada que tenía labios de coral fue un genio, el último...

—Ni usted es poeta, ni me gusta lo de labios de coral, ni creo que palabras como justicia, libertad, honradez, hayan perdido sentido.

—No están en mi lista.

—En realidad hay dos que me intrigan, no logro insertarlas en su cadena de improperios. ¿Por qué metió medicina y educación?

—Porque uno no está siempre enfermo o estudiando.

—¡Ah, vaya! A ustedes lo único que les gusta es el relajo, el carnaval de ron y mambo. El choteo es lo único que son capaces de indagar. No creen, son dignos de lástima.

—¿Cuándo se ha visto que un escrito tumbe a un gobierno? ¿No se da cuenta de que mi apunte sólo es delirante?

—Claro, claro. Ahora nos vamos a entender. Eso es: delirante. Admite estar enfermo, ¿no? Permítame ofrecerle un buchito de café bien caliente.

—Es lo primero que tomo desde ayer por la mañana. Disfrutaba un guarapo cuando llegaron sus muchachones.

Abel recuerda que a las siete en punto de la mañana, cuando llegue a la casa, tiene que colar café para que ella se despeje antes de salir para la Federación. Raúl, con el calorcito rodándole hacia el estómago, recuerda otro termo lleno de daiquirí, que se habían tomado juntos en el almacén mientras reponían fuerzas tras la lectura.

—¿Le parece que su delirio necesita tratamiento?

—Por supuesto que no. Habría que convertir el planeta en un manicomio. ¿Qué haríamos con los políticos, los banqueros y los militares?

—Insiste en las bromas. Pensé que comenzaba a darse cuenta de que necesita atención. Si admitiera esta variante a lo mejor salíamos juntos por la mañana, cada uno para su casa... Mientras tanto debemos pasar al segundo apunte.

—¿Y si me negara a seguir en el póquer? ¿Si diera la partida por terminada? ¿Si no contestara más preguntas?

—Nos iríamos al parque. Pero no hará eso, estamos conversando, atiendo su caso sin violar ninguno de sus derechos... Lo ayudo, tengo el deber de sacarlo de lo que usted mismo llamó delirios. Permítame barajar de nuevo.

Abel mezcla las cartas sin quitarle la vista. De nuevo el triunfo lo acapara el teniente: tres reyes contra pareja de cuatro. Pero esta vez Raúl se limita a suspirar, a esperar la lectura del apunte:

Yo el supremo, Tirano Banderas, El Señor Presidente, El gran Burundú Burundá ha muerto, El otoño del patriarca, El recurso del método, Terra nostra, La guerra del fin del mundo, Temporada de ángeles, Mariel, La historia me absorberá, Mi lucha, Informe contra mi mismo, Amalia, Pedro Páramo, El atroz redentor Lázarus Morell...

—Muy bien, he verificado que se trata de una lista de obras, vinculadas, curiosamente, por el tema del dictador. No fue fácil identificarlas. Pero queda una que nuestros referencistas no han hallado: *La historia me absorberá*. ¿Podría identificarla?

—Esos libros están en un librero de caoba en la casa de un amigo, entre los *Diálogos* de Platón y *Las mil y una noches*. Apunté los títulos por entretenimiento.

—Del amigo hablaremos después. Del entretenimiento ahora mismo: No trate de evadir la divulgación de propaganda enemiga. Pero la pregunta es sobre el que no aparece registrado.

—Una obra menor..

—Es inútil que trate de encubrirlo. La Oficina trabaja como un cronómetro. Contrasta con la disipación de los filósofos de café con leche, de los artistas del ron.

—Pero nos damos una ducha y enseguida se nos quita.

—Dejemos las divagaciones.

—*La historia me absorberá* es deliciosa. Una sátira costumbrista llena de equívocos y paradojas donde el personaje central encarna a un político, que por fin resulta ser un payaso desempleado porque los niños no se reían en el circo. Si mal no recuerdo termina abriendo una fosa. Se la recomiendo, tiene chistes que harían reír a Mahatma Gandhi.

—¿Y el autor?

—Murió después de una prolongada arteriosclerosis que lo hacía creerse Mussolini. También escribió un largo tratado de oratoria, pero fue un fracaso, hasta los gramáticos bostezaban. Ahora nadie se acuerda de él, ni siquiera aparece en el *Diccionario de autores,* que incluye humoristas de la radio y la televisión.

—¿Cómo se llamaba?

—Le juro que no recuerdo su nombre. La información me la dio Antón, un amigo filólogo que acapara títulos de obras del teatro bufo, recortes de crímenes pasionales, crónicas de accidentes automovilísticos, invitaciones para bodas, testimonios de esclavos...

—Verificaré sus informaciones, irá a su expediente. La estancia aquí siempre está llena de sorpresas. Usted debe haber oído los cuentos. Pero liquidemos sus *Fricciones*. Aún me quedan dudas.

Esta vez las cartas comienzan a mezclarse sin Marilyn. La tensión del interrogatorio concentra a los jugadores.

—¿Por qué no las mira?

—Supongo que saqué una pareja de cuatro, que usted tiene trío de reyes.

—¡Casualidad!

—Me voy acostumbrando a las casualidades. ¿Por qué no me brinda otro buchito de café para celebrar su victoria?

—Primero veamos otra de sus *Fricciones:*

Sorprenderse, extrañarse, es comenzar a entender. Civilización es, antes que nada, voluntad de convivencia. Disociar ideas cuesta mucho más que asociarlas. Esa extraña dualidad de prepotencia e inseguridad que anida en el alma contemporánea. El que manda es, sin remisión, cargante. El Estado ha sido siempre el gran truchimán. Quien no sea como todo el mundo, quien no piense como todo el mundo, corre el riesgo de ser eliminado. Y claro está que ese todo el mundo no es todo el mundo. Aguantar es envilecerse. La idea es un jaque a la verdad. Estas son las únicas ideas verdaderas: las ideas de los náufragos. Lo demás es retórica, postura, íntima farsa. El que no se siente de verdad perdido, se pierde inexorablemente; es decir, no se encuentra jamás, no topa nunca con la propia realidad.

—¿Reconoce que es suyo?

—Reconozco mi letra, yo lo copié. Pertenece al único filósofo español. No me haga el honor de concederme tanta inteligencia.

—De nuevo el truco de la modestia. La vanidad se lo come por una pata. ¿Por qué no me explica el mensaje?

—Las palomas son las que llevan mensajes, y los satélites las dejaron desempleadas. Si no me sirve un buchito de café no le digo ni media palabra.

—Olvida que las reglas las ponemos nosotros.

—Estoy fuera del juego.

—Mientras permanezca en el país es cómplice, quiéralo o no es cómplice. Y aquí dentro algo más, no se le vaya a olvidar el chimpancé.

—¿Cómo piensa obligarme? ¿Me va a empastar las muelas?

—Por favor, ni los escritores son tipos duros ni aquí hacen falta barbaridades. Le voy a servir café, vaya, para que vea que lo de las torturas es propaganda enemiga.

—Gracias, hace mucho frío.

—Espero la explicación. Eso de sentirse náufrago... ¿Trató de irse en una lancha y se le hundió o es otro delirio?

—Otro delirio.

—El otro delirio comienza ahora. Le anuncié una sorpresa.

Espere unos minutos.

Abel aprieta un botón oculto y la puerta se abre de inmediato.

Un sargento de boina de óvalos rosados se cuadra delante de él.

—¡Ordene!

—Traiga al otro detenido, por favor.

Raúl comprende la sorpresa, no resiste que el teniente pierda al menos esta partida:

—Trae a Antón.

—Adivinó. Lástima que en el póquer no tenga tanta suerte. Dicen que los perdedores en el juego son afortunados en el amor.

Tres o cuatro minutos después entra el sargento con una silla de ruedas sobre la cual viene Antón, también vestido con un uniforme de seda violeta.

—¡Bienvenido a estomatología! Por fin juntos el lexicógrafo y el filólogo. ¿A qué podemos jugar? Canasta después, cuando aparezca el personaje que falta. Entonces seremos cuatro, la canasta es divertida de parejas, como el dominó. ¿Me ayudan a completar el expediente?

Raúl y Antón quieren intercambiar una mirada de apoyo entre el sillón de dentista y la silla de ruedas. En realidad es de miedo, no saben lo que el otro ha hablado. Tampoco lo que el oficial guarda en la carpeta... Abel prolonga la expectativa. Hace como que revisa papeles pero no interrumpe la vigilancia de los pacientes, el escrutinio de las reacciones, igual que cuando conversa con Marilyn y la deja pendiente de un garfio que le permite evaluar las actitudes. Por fin rompe el hielo:

—Antón, ¿podría repetirle a su amigo Raúl lo que nos dijo sobre los préstamos de libros que usted le hacía, violando el reglamento del Almacén de Insumos, las directivas de la Unión de Estudios y Análisis Casuísticos (UNEAC)?

—Bueno compañero oficial, la verdad es que nunca pensé...

Vaya, me parecía que... Yo no quise...

—Lo cito: «Raúl me presionó mucho. Abusó de la amistad. No me quedó más remedio que prestarle algunos libros prohibidos». ¡Eh, Antón! ¿Declaró o no eso?

—Sí, perdóname Raúl, pero yo... Lo que pasa es...

—No no, Raúl no tiene nada que perdonarle, lo que tiene es que admitir su culpabilidad. Declarar que fue él quien lo instó a violar la ley, a transgredir disposiciones oficiales muy estrictas.

—Si espera que me haga cargo de la cobardía de Antón...

—Espíritu autocrítico.

—Alguna vez él y yo aclararemos el asunto.

—Así que ahora quiere vestirse de héroe. Raúl, usted ni idea tiene de cómo bailan aquí la suiza los tipos que se las dan de machos. Terminan en el

cachumbambé, suben y bajan pidiendo más y más papel para confesar. Tenemos que mandarlos a parar, a callar. Salen con logorrea.

—Será que ustedes tienen un taller literario y despiertan las vocaciones de escritor...

—Nosotros despertamos o dormimos lo que beneficia al pueblo.

—Como la declaración de Antón.

—Conmigo no la cojas, yo, yo no tengo la culpa de que se enteraran.

—Antón, no le haga caso, pronto comprenderá. Pasemos a otra parte. Usted nos dijo que Raúl introducía una mujer en el almacén. ¿Es así?

—Me insistió tanto, usted sabe... Sí, yo le daba a veces la llave de la puerta del costado porque me aseguró, bueno, que ella estaba casada y no podían correr el riesgo de que la vieran en alguna posada, en lugares públicos. Imagínese, los socios abusan de la amistad, a uno le da pena...

—Esa persona falta para completar las dos parejas y poder jugar canasta o bridge. Necesitamos conversar un ratico con ella, saber quién es, conocer cuáles libros sustraía del almacén. Raúl, espero, le conviene ayudarme.

—Ni lo sueñe, ni con un taladro en el esfínter. Además, ella en su vida se ha leído un libro completo. Le doy mi palabra, le juro por mi madre que no tiene nada que ver con el mundo intelectual. Puro sexo, ni sabe lo que significa diversionismo ideológico.

—Pero usted sí sabe que el encubrimiento está penado por la ley.

—Por favor, mantengo una relación muy delicada, no puedo exponerla a un escándalo. Está casada, trabaja de funcionaria en un organismo importante. Y le aseguro que sólo estuvo en el almacén tres o cuatro veces, un rato, una aventura. Nada más alejado de nuestro asunto.

—Bien, quizás Antón pueda ayudarnos y ayudarse, acabar de salir para la calle sin problemas. Entre más rápido terminemos mejor para ustedes y para la Oficina. Antón, ¿usted la vio alguna vez?

—De lejos, no podría identificarla, yo no quiero meterme en escándalos, en enredos de tarros. Es que Raúl...

—¿Qué coño te pasa conmigo?

—Tranquilito, no le pase por la mente ninguna bestialidad. Aquí somos nosotros quienes repartimos las barajas, los tickets, el aire acondicionado, los empastes dentales, las sillas de rueda, los platanitos y hasta las cáscaras de

los platanitos. No se vaya a equivocar. ¡Calma! ¡Mucha calma! ¿No será mejor que nos apuremos con el detalle que falta? Cerrar el expediente, firmarlo, elevárselo al coronel, esperar en paz. ¿Les sirvo un poco de café?

Raúl agarra la tapa del termo, se toma el líquido humeante y la vuelve a pasar al teniente, sin mirar a Antón.

—Era para los dos. Lo siento, Antón...

—Pensé que a él también le serviría.

—¡Ay Raúl! No se haga más el difícil, colabore y verá que salimos bien. Mire, este texto suyo, este solamente, lo puede llevar a la cárcel. Tenga un poco de fe en mí...

—F E significa Familia en el Exterior.

—¡Déjese de pujar gracias!

—Más gracioso es pensar que quien no esté con ustedes está en contra del país...

—Más o menos, a veces inconscientemente. Pero lo suyo es muy consciente. En esta *Fricción* no hay ni una pizca de ingenuidad:

Instrucciones para ingresar en una nueva sociedad. *Lo primero: optimista. Lo segundo: atildado, comedido, obediente. (Haber pasado todas las pruebas deportivas) Y finalmente andar como lo hace cada miembro: un paso al frente, y dos o tres atrás: pero siempre aplaudiendo.*

—De nuevo textos ajenos, teniente. Es un poema de un escritor que hace rato salió de la circulación nacional. Murió en los Estados Unidos.

—¿Por qué lo copió? ¿Y esta *Fricción* también anda fuera de circulación?

Para escribir en el album de un tirano. *Protégete de los vacilantes, porque un día sabrán lo que no quieren. Protégete de los balbucientes, de Juan el gago, Pedro el mudo, porque descubrirán un día su voz fuerte. Protégete de los tímidos y los apabullados, porque un día dejarán de ponerse de pie cuando entres.*

—Es del mismo poeta. ¿Usted es necrofílico?

—Me alegra su humor. Por cualquiera de las dos últimas *Fricciones* agarra por lo menos pareja de cuatro, ocho añitos a la sombra, en una granja de alta seguridad en Ciego de Avila donde se va a acordar mucho de esta sesión, de lo que pudo hacer y por cabezón no hizo. ¿No es verdad, Antón?

—Sí sí, por supuesto. Teniente, yo creo que con su ayuda podemos arreglar el asunto sin necesidad de llegar a los tribunales.

— Raúl, aprenda... Les decía que necesito... Lo siento, pero debo romper su intimidad, saber quién le acompañaba al almacén. Lo de menos es que se trate de una mujer casada. Somos, de oficio, extremadamente discretos. La vida privada no es de nuestra incumbencia. Pero se exige completar las informaciones.

—No puedo exponer a mi amiga. El esposo...

—La Oficina no acostumbra a meterse en las camas. Además, debemos jugar canasta antes de que amanezca, traer a su media naranja un ratico, nada más. Después le explicaremos al marido que fue imprescindible para completar un informe. Garantizo discreción.

—Teniente, teniente, creo que se llama Marilyn o Marielín. Y Raúl me comentó algo, trabajaba en un lugar muy importante, en la Federación.

Raúl baja la cabeza, la hunde en el pecho como si estuviera hundiéndole de un derechazo tres costillas a Antón. Abel recibe el impacto de su mujer como si fuera una bruja cabalgando en la noche de sábado. Apura la pregunta inevitable, mirando fijo a Raúl, sabiendo que le va a provocar un preinfarto:.

—¿Se llama Marilyn y vive en calle Yarini, número 1959, entre Carrión y Montenegro, reparto Carpentier, municipio Hurón Azul; y es funcionaria, en efecto, de la Federación?

Raúl alza la cabeza con los ojos rompiéndole los párpados, y Abel no necesita más pruebas. Suspira hondo, como si hubiese corrido un kilómetro con un león persiguiéndole. Aprieta el botón secreto. Al momento entra el sargento y lo saluda militarmente.

—Llévese a Antón para la celda del orangután. Prepare la montaña rusa, estaré allí enseguida con Raúl.

En los minutos siguientes hace como si revisara otros papeles, mientras Raúl, desconcertado, admira la sagacidad de la Oficina, que desmiente el viejo lugar común de que las policías del mundo sólo saben lo que la gente les dice. Al poco rato vuelve a entrar el sargento.

—Todo listo.
—¡Vamos, Raúl, adelante!

De pronto lo que parecía ser una pared corre sobre unos carriles y aparece un sendero de grana multicolor. Al fondo se ve un arco lumínico delante del carrito de la montaña rusa. Hacia allí caminan, sin palabras, hasta el primer asiento. Abel levanta el tubo de seguridad y con un gesto le señala a Raúl que monte. Se sienta a su lado y le indica al sargento que ponga en marcha el aparato. Cuando arranca y comienza a subir la primera cuesta, la más grande, dice:

—Yo soy el esposo de Marilyn. Si me lo cuenta sin omitir ningún detalle, inclusive de cuando estaban juntos, lo saco libre. Píenselo. De lo contrario me bajaré cuando termine la vuelta y usted seguirá y seguirá y seguirá bajando y subiendo.

Raúl comprende que las opciones han desaparecido, tendrá que transigir antes del amanecer. Abel comprende que su curiosidad se saciara hasta el vómito, tendrá que posponer al disidente. Los dos se aguantan del tubo rosado cuando comienza el descenso.

Funámbula

A Iván Vivas

La curiosidad por Alicia López Thot comenzó entre cucharadas de sopa, cuando el cuento de mi mujer sobre lo sucedido en la lechería desató las preguntas. Lo ocurrido en la cola para la leche más o menos fue lo siguiente: Alicia López Thot, como todos los días a las 8 a.m., salió de su apartamento, el C del segundo piso del número 113, casi frente por frente a mi edificio, y caminó sin prisa, con su andar de gata, hasta la esquina amarilla, a pedir el último, a conversar sobre el calor o la lluvia, sobre los peligros de montar bicicleta de noche, quién sabe si también sobre la telenovela brasileña...

El detalle, el granito de arena, era la ropa. Un vestido de lamé rojo chino, de vuelos imitando pequeñas mariposas, venía acompañado de unos altos tacones de charol negro, en juego con la carterita, con el collar, los aretes, la pulsa de diminutos corales negros. Todo se complementaba, según le dijeron a mi mujer, con un cuidadoso maquillaje de sombras leves sobre los párpados, en combinación con el polvo de las mejillas, con el rosa del creyón de labios. Y nada más, porque nadie se atrevió a preguntarle las causas, porque ella sencillamente actuó como si llevase, no sé, una blusa y una saya desvaídas; sin acusar recibo de las miradas, de un codo hundido en el costado de alguien para encontrar complicidad, del fruncimiento cristalizado en la cara del lechero. Hasta que pagó su litro de leche y paso a paso regresó al apartamento, supongo que sin dejar de acariciar al gato siamés, de guardia sobre el muro que bordea el pasillo de entrada a su edificio.

En la cuadra apenas se han acumulado datos, presumiblemente ciertos, sobre esta mujer cuya seña menos común son los ojos de un verde casi negro, que parecen una burla al trabajoso tejido que le han hilado los vecinos más propensos a la vida ajena, como si las escamas vegetales que le aclaran los ojos equivalieran a las escasas informaciones, les pusieran traspiés a las hipótesis; por lo demás también escasas, propias del casi nulo interés que ella había logrado enardecer. Quizás su modo de caminar, melódico, acompasado entre un breve movimiento de hombros y de brazos, decididamente felino,

podría tomarse como otro rasgo capaz de alterar la indiferencia que la había cercado hasta el acto carnavalesco de la lechería.

Alicia López Thot, dentro de un rato sabré si a propósito, parece haber manejado con brillantez la rara habilidad del silencio, de las conversaciones insustanciales, de evitar diplomáticamente un giro del tema hacia sí misma. Aquella noche de hace cuatro jueves, cuando nacía el enigma, mi mujer sólo supo agregar lo que Nereida, la Responsable de Vigilancia del Comité de la cuadra, le había dicho a retazos, después que le contara del escándalo matinal. Yo ni siquiera sabía entonces sus apellidos, el domicilio exacto en el edificio de enfrente, la edad, que calculaba borrosamente alrededor de los cuarenta, quizás un poquito por encima.

Lo único que sabía de ella era el producto, bastante disperso, bastante pobre, de las veces que la casualidad nos había hecho coincidir. De los encuentros sólo retenía las limonadas, los ojos, el andar gatuno de esta mujer delgada y de piernas y muslos largos, de pelo gris, lacio sobre los hombros aún esbeltos. Las limonadas, entonces, eran lo más interesante. Y sin duda lo más sabroso. Las preparaba con el detalle de que el escaso dulzor era a base de miel de abejas, con el hielo pasado por la licuadora, con un leve pero definido toque de ron blanco. Cada vez que la insistencia, los temores a señalarme, el deporte, o más bien una mezcla de los tres factores me hacían presente en un trabajo voluntario dominical, cuando el agotamiento y el sudor aflojaban el ritmo del machete o de la guataca contra la hierba de los parterres, se aparecía el milagro de la jarra de limonada, con una sonrisa de anfitriona cuyo placer se centraba en aguardar mis gracias, en esperar el elogio a su genial idea de mitigar la faena con aquel néctar helado, con aquella nieve donde el ácido ligeramente dulce se alcoholizaba al transcurrir garganta abajo, al refrescar vasito a vasito las inclemencias de nuestros 30 grados centígrados a la sombra.

Los días posteriores al jueves del lamé rojo chino apagaron con su monotonía la curiosidad circense del vecindario. Alicia López Thot, como si nada hubiese sucedido, borró cualquier detalle capaz de alterar su anóni-

mo fluir por la cuadra. Parece que nadie se atrevió a dejarle caer la más mínima alusión al incidente, ni siquiera como a Domingo, el chapista del 108, que cuando llega de zigzag en zigzag a su casa sólo recibe al día siguiente el puño cerrado con el pulgar en alto, la forma de botella con que Juan el mecánico le hace referencia irónica a la copiosidad de tragos ingeridos la noche anterior.

Pero el jueves siguiente, a las mismas 8 de la mañana, otro atuendo enmudeció la cola para la leche. Según me contó mi mujer a la mesa, era de un verde jade brilloso, con acompañamiento exacto de maquillaje, tacones blancos, bisutería...Ni yo reparé entonces, hasta el otro jueves, de que el día escogido por ella era el centro de la semana, el consagrado a Júpiter, es decir, a la jovialidad. Pero sí me puse enseguida a averiguar lo poco que se conocía sobre Alicia López Thot. Y logré que mi mujer fuese a buscar a Nereida, con el pretexto de brindarle un arroz con leche o una natilla, no recuerdo bien.

Se sabía que estaba sola, que apenas recibía visitas, casi nunca del barrio, salvo breves y esporádicos recibimientos a dos vecinas, ninguna de las cuales había podido pasar de la salita comedor, ni siquiera a la cocina o al baño. Tenía televisor y radiograbadora, pero nunca pudo oírse en el pasillo cuáles programas sintonizaba. Religiosamente pagaba la mensualidad del Comité y de la Federación de Mujeres, por lo general asistía a las reuniones, aunque jamás habría la boca ni faltaba a las guardias, a los trabajos voluntarios con su jarra de limonada. El único dato que parecía alumbrar su pasado era la viudez, la mudanza hace unos cinco años porque había dicho que no pudo aguantar la acumulación de recuerdos, prendidos en cada detalle de su antigua vivienda, de más de veinte años junto a Hermes, sin haber podido tener familia, sin haber podido desbaratar el cerco de dos hijos únicos incapaces de procrear, de continuarse. Ni una sola noticia extra, salvo que su ropa habitual nunca insinuó los desmanes del lamé rojochino, del verde jade, ni cuando salía a cobrar la pensión del difunto Hermes, a darse el gusto —según les decía— de comer en algún restaurante de El Vedado, de irse al cine Astral o a La Rampa, sin importarle qué película echaban...»Decente, servicial, ca-

llada» —nos resumió Nereida. «Nunca me imaginé que tuviera una ropa así» —agregó antes de irse, con la intriga picándole el orgullo de su cargo de Responsable de Vigilancia, de conocedora diligente de cada uno de los habitantes de nuestra cuadra.

Ese segundo jueves las preguntas y el manojo de respuestas posibles asediaron mi almohada, como esta noche del cuarto jueves cuando el mismo asedio, pero acrecentado hasta lo insoportable, me llevara hasta su apartamento, a terminar con una curiosidad que se ha vuelto obsesiva, inabarcable, que se ha ido hinchando como una medusa en la arena. Y también la reconstrucción de la figura de Alicia López Thot, a partir de ese día, propiciada por algunos encuentros fugaces en la acera y en la carnicería, adquirió el carácter de un desafío que busca similitudes, asociaciones por los vericuetos de su sonrisa estriada por frágiles líneas, que aún luce un homenaje a los años en que su cuerpo pudo haberse desbandado sin previsiones, que todavía exhibe la seguridad de probables escarceos de la carne y parece sugerir transacciones nada despreciables de su boca con algo más que las palabras habituales, desganadas, de una existencia apacible, fláccida, en el convento de nuestra cuadra tan llena de chismes como cualquier otra de esta ciudad de sol y salitre.

El pasado jueves, de nuevo sin que otros signos durante la semana presagiaran el escándalo, ella volvió a irrumpir en la lechería con las señales de baile o boda, de recepción exclusiva en el Salón Bucán, aledaño al Palacio de los Congresos. La descripción de mi mujer y de Nereida fue más exaltada que las dos anteriores. Era un vestido de seda floreada, de amplio escote en la espalda, casi hasta la cintura. Y eran de nuevo los aditamentos quienes exacerbaban el conjunto, los que daban la tónica, hasta la pregunta casi gritada por Juan el mecánico, al pasar por el costado de la cola rumbo a su taller: «¿Dónde es la fiesta, eh?»

Esa noche, como si estuviéramos en una fábrica de pirotecnia, reconstruimos las tres apariciones. El hecho, ahora evidente, de que siempre se producían los jueves, trajo las expectativas para el próximo, es decir, para los sucesos de esta mañana. Durante los días de espera pude averiguar en el

Registro de Direcciones su antigua residencia. Las verificaciones que realicé allá con los del Comité arrojaron nuevas incógnitas sobre ella: nunca había estado casada, nunca se le conoció vinculación laboral, nunca recibía a los vecinos, nunca se supo adónde salía las noches de viernes, sábado y domingo...La información, suministrada gracias a misteriosas astucias donde yo aparecía como un probable policía, potenció el interés. El personaje se convertía definitivamente en algo íntimo, en parte de mis objetos cotidianos. No podía prescindir de ella, como si el delicioso sabor de las limonadas hubiese obrado de elíxir, de cazador de cada parte de mi tiempo libre. La noticia de que el espectáculo circense se volvería a producir hoy, a las 8 a.m. de este cuarto jueves de inusitada exhibición de modas, revolvió al vecindario. Hasta los más despreocupados procuraron participar de la escena. Mi mujer, Nereida y yo ocupamos desde media hora antes el murito que limita la puerta de la lechería, exactamente por donde debía pasar ella con un nuevo despliegue de tules y encajes. Otros hacían como que conversaban, distribuidos en varios grupos por las dos aceras que convergían en la esquina de la cola. Domingo el chapista, desde su balcón, resolvía los cuatro pisos de altura con unos prismáticos enormes. Juan el mecánico, parado en la misma esquina, parecía dispuesto a lanzar otra pregunta provocadora. Las únicas dos vecinas con las que ella había intimado algo, Xiomara y Maruchi, se juntaron a otra espectadora, para hacerse las distraídas ante la puerta de cristales velados del edificio.

A la hora señalada, como una gata que desafiara el vértigo de un delgado pretil y sin aparente esfuerzo de equilibrio andara sobre él, Alicia López Thot emergió de la grisácea atmósfera del pasillo, saludó a las vecinas, dobló hacia la lechería, llegó a la cola y como cada amanecer pidió el último. El vestido era de raso negro con breves incrustaciones de un verde oscuro, de diminutas hojas brillando sobre el pecho, ajustando la tela hacia la curvatura aún erecta de los senos. El acompañamiento iba en concordancia con el vestido a media pierna. Zapatos, medias, maquillaje, adornos, combinaban armónicamente con el negro del raso, con la piel aún dueña de matices rosa pálido.

Una exclamación unánime, como si se tratara de un coro vienés representando una ópera de Wagner, se produjo en los grupos que bordeaban la lechería. Juan inmediatamente, sin el más mínimo pudor, soltó la pregunta: «¿Qué le pasará a la compañera?» Ella ni se inmutó. Avanzó lentamente, con su caminar melódico, hacia el murito donde me hallaba, y paseó la vista verdosa sobre cada uno de nosotros, hasta que la detuvo unos segundos sobre mí, y junto a una ligera inclinación de cabeza nos dio los buenos días, como si nada. Entre la vergüenza ajena y el desconcierto, como si un acuerdo previo nos compulsara, regresamos a desgranar de nuevo las causas probables de aquel acto.

Ahora que he resuelto visitarla, acabar de una vez con las mordidas de cada posibilidad, pienso que lo más remoto sería la versión de una broma colosal. Y también que lo más sensato es no inventarle ningún pretexto. Llegar sin dilaciones a la razón de la cita inesperada. Así lo haré, en cuanto termine de vestirme, en cuanto me dé cuenta de que lo estoy haciendo como si fuera a una graduación de mis alumnos, al aniversario de algún paciente que aún me agradece la recuperación psíquica. Así termino oprimiendo el spray del perfume debajo de las orejas, salgo a la sala, me despido de mi mujer y de Nereida, que aguardaran a buchitos de nerviosismo mi regreso, y con algo de prisa camino hacia la salida, cruzo la calle, entro a su edificio, subo hasta el segundo piso, hasta la puerta blanca del apartamento C, y oprimo el botón que suena dentro con unas campanitas asopranadas. No siento pasos, pero oigo enseguida su voz preguntando quién es, mi respuesta, la solicitud de que espere unos momentos. Pronto podré descansar, verificar o desechar la hipótesis de mayor índice de probabilidades, la que aventura un trastorno de personalidad.

Pasan más minutos de lo normal antes de que Alicia López Thot abra la puerta. Una sonrisa de complacencia achina sus ojos verdinegros. Me invita a pasar, cierra delicadamente la puerta y señala hacia el sofá donde me siento, sin reparar hasta ese instante en que ella sólo está vestida con un deshabillé de un negro vaporoso, traslúcido, sorprendente por las sugerencias de líneas y espacios, de tangencias y vados. Trato de asumir el tiempo y la más-

cara de mis consultas en el hospital mientras ella felinamente señala hacia la mesita del centro, frente al sofá, donde una sudorosa jarra de limonada parecía estar allí desde siempre, esperando. Sirve dos vasos sin dejar la sonrisa, sin dejar que sus ojos cesen de mirarme. Y me habla. Y dice que ya sabe. Y con aire de niña traviesa, de conspiradora que acaba de satisfacer sus ardides, dice que sabía de mi visita, hoy o a más tardar mañana. Sigo luchando por conservar la tonalidad del psiquiatra, los silencios de mi oficio, ayudado por el sabor del trago, más cargado de ron que los del trabajo voluntario. Y me cuenta que lo había ideado todo para que al fin yo reparara en ella, para que la curiosidad del médico impusiera este encuentro, para también divertirse a costa del vecindario, recordar sus buenos tiempos de vedette. Y se levanta hacia la radiograbadora, pone un casete de Sinatra y se detiene frente a la entrada de la cocina, donde la luz me hace ver más entre la vaporosidad negra del deshabillé. Muevo la cabeza y ni pienso en la estupidez de las hipótesis, en Nereida y en mi mujer, en la lechería. De pronto, por una puerta entreabierta, supongo que del dormitorio, sale el gato siamés que ella se apresura a cargar, a acariciar mostrándome que también es hembra, que no era de ninguna vecina sino de ella. Y lo suelta sobre un butacón sin perder la sonrisa, sin dejar que sus ojos oculten el brillo de la victoria. Y la picardía de su invitación a bailar resume el cuento, declara el equilibrio de un ardid que acaba de triunfar, que dentro de un rato me llevará a su cama, a irme después con la coartada del trastorno de personalidad, de la transferencia que puede exigir, quién sabe, un aplicado tratamiento; mientras los ojos fosforescentes de la gata siamesa quedarán como únicos cómplices, como joviales símbolos de los jueves venideros.

María Tornez

Sumaba puntos como mordidas, de nuevo se avecinaba la sequía, el fin de año y los jaguares del 2005 comenzaban a merodear los pasillos y privados de la benemérita universidad. Un memorando circulado por Internet a los profesores advertía la fecha límite, enunciaba los requisitos básicos, repetía a los morones la tabla de investigaciones exigidas. No aludía a la equivalencia salarial. No hacía falta. María repiqueteaba sobre su mesa sin necesidad de que las autoridades docentes le recordaran los sinuosos trillos anuales.

Anales —se dijo.

Pero sin que la paronomasia le esbozara una sonrisa lejanamente cercana al doctorado en Boston, a la plaza obtenida por rigurosa oposición. Sin que los ocho años en el papeleo le aminoraran el zarpazo, la tornaran apta al uso y costumbre. Y sin las asociaciones con la declaración de ingresos y egresos, como una leve rutina de resignación similar al chequeo clínico mensual, cuando comenzara a ver estrellitas girando y rabos de nubes, a sentir como si le tocaran con un martillo en las sienes y el médico diagnosticara hipertensión arterial, le impusiera las pastillas de Metropolol en ayunas.

Abstención, ayuno, *ieiunare* —murmuró recordando su latín de la maestría.

La posibilidad de abstenerse era tan necia como su marido Alonso Sánchez. Los márgenes de la cuartilla no podían ampliarse hacia ningún espacio virtual, real, ficcional, matrimonial. María miró hacia las casuarinas del estacionamiento, tras el ventanal donde a lo lejos el perfil del Popocatépelt y del Iztaccíhualt flanqueaban el paso que Cortés utilizara hacia la gran Tenochtitlán en 1519.

—¿Mi paso hacia dónde? —se preguntó sin mover los labios, apretándolos como si se le fueran a escapar las palabras por el horizonte de los volcanes donde guardaba dos o tres sueños, igual que en el cofrecito azul y blanco de Talavera poblana, regalo de su abuela al cumplir quince.

Ahora se enfrentaba al plan del próximo año, nada menos que al cuatrocientos aniversario de la publicación de la primera parte de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, sobre la cual había versado su tesis bajo la asesoría de Juan Gallo de Andrada y la oponencia de Francisco Murcia de la Llana. Dos simposios, un coloquio y el plato fuerte del congreso en España, implicaban que para cada uno debía redactar una ponencia, «quitancia» —como solía repetir Francisco sin darse cuenta de que el chiste ya estaba mohoso. Tal vez el coloquio de carácter nacional podía ser el menos exigente, pero los otros tres, sobre todo el último, comerían decenas de horas, tiempo grueso, gordo, rugoso.

—Rugoso, arrugas, pliegues —canturreó bajito, resignada.

María Tornez abrió con calma la segunda gaveta de la izquierda y extrajo el sobre blanco y acolchonado donde guardaba el disquete con su tesis. Se entretuvo en el título, como si no lo tuviera en la memoria y cada año no sacralizara la rutina. El ritual era casi más aburrido que Alonso Sánchez al bañarse y entrar al cuarto en bata negra con mirada que sólo él presumía de libidinosa, cuando ella captaba la señal y a veces no le describía un dolor de cabeza, una mala digestión. Sacó el disquete y lo colocó en la computadora. Abrió. Fue al índice. Regresó a la introducción. Dejó el meñique sobre el botón de bajar páginas.

—Algo ocurrirá... Pero necesito cuatro ocurrencias —se prescribió.

A la derecha, en la carpeta blanca, tenía por orden cronológico los cuatro eventos cuyos puntajes eran imprescindibles para que el sueldo pudiera seguir nadando contra la inflación, las cremas Chanel, la pensión que le pasaba a su madre desde que se jubilara de las oficinas de Volkswagen. Pero sabía que no iba de enero a diciembre sino del congreso en Castilla-La Mancha al simposio en Guadalajara, al otro en la universidad de Emory en Atlanta, al coloquio en Veracruz. Por esa línea tenía que hallar los temas, después los escribiría según se acercaran.

En la carpeta abierta, con otro marcador, tenía la lista de las ponencias presentadas durante los últimos cinco o seis años. Fue enseguida a revisarla, con la misma rapidez que había aceptado entrar a la habitación de su colega Sigmund Romberg cuando el evento en Heidelberg sobre El Siglo de Oro. Empezó a escrutar los títulos. Sabía muy bien que apenas algunos de los asistentes escuchaban. Si acaso algún estudiante del tema —mecánica académica— había consultado las memorias de los eventos, impresas casi siempre, desde hace tres o cuatro años, en un CD. Sonrió por primera vez en la mañana cuando recordó que tras la sesión turbulenta en el hotelito frente al vado del río Neckar, cerca del Puente Viejo, se había ido con Sigmund hacia un hostal de aguas termales en Stuttgart, a tararear operetas palatinas hasta regresar dos días después, apenas con tiempo para la recepción de clausura, para las disculpas con el pretexto de que se había intoxicado con un embutido de cerdo.

—Más embutida estuve con Andy Tremaine en Pittsburgh, en el congreso sobre la picaresca española de la Carnegie Mellon University —recordó mientras se le achinaban los ojos.

Pero el penoso trabajo de analizar los títulos de sus textos anteriores, y de vez en cuando ir a algún capítulo de su lacaniana tesis doctoral sobre caballero y escudero en *Don Quijote*, la sustrajo de aquel gringo que la montaba más horas que El Cid Campeador a Babieca, la devolvió al bigote cuidadosamente recortado de su esposo Alonso Sánchez, tan seco como un esparto, donde a veces una hebra de cebolla o de tabaco reposaba como si fuera uno de los litigios inmobiliarios con que le atormentaba el abogado en las sobremesas, para darle más deseos de volar que en los claustros administrativos trimestrales.

Al rato María halló la primera pista: «En torno a las fuentes de *El curioso impertinente*». Y el texto tenía cuatro años, lo había presentado en una jornada científica de su propia universidad. Buscó en sus documentos archivados y al encontrarlo y abrir movió la mandíbula como Sancho cuando el amo le ofreciera una Ínsula. De inmediato tuvo la nueva variante: «*El curioso impertinente*: intertextualidades exegéticas». El congreso de Castilla-La Mancha, a celebrarse en Ciudad Real, lo tenía resuelto. Sólo se trataba de

cortar y pegar, escribir otro párrafo de entrada y mejorar el de salida, cambiar el orden de la argumentación, revisar por si hubiera algún desliz, contrastar por Internet los textos limítrofes, aderezar con nuevas citas de autoridades, entre más exóticas mejor.

—Tan exóticas como las suculencias imaginativas de aquel diablo cubano en Villahermosa, cuando las Jornadas Internacionales Carlos Pellicer —acotó con sorna, tras recordar que en el punto la llamaba siempre Cachita porque era hijo de Ochún, la Virgen de la Caridad del Cobre, según justificaba después entre rones añejos y tarareos de danzones.

Animada tras el hallazgo, siguió su hurgar entre los títulos apoltronados. Desechó unas ocho o nueve hasta topar con «La revisión moral de la literatura pastoril en *Don Quijote*», presentado en la zuliana universidad de Maracaibo en 1999. Lo releyó antes de decidir el nuevo encabezado: «Eticidad subversiva y eticidad preceptiva en los pastores quijotescos». Tenía resuelto el primer simposio, el de Guadalajara, donde irían profesores de todo México y anunciaban invitados de América Latina, en especial del Cono Sur.

—Del coño sur o norte, ¿qué importa? ¡Lo tengo! ¡Soy la Diana de Jorge de Montemayor! Le añadiré ahora un diálogo de amor en un rancho de agave, porque es en Guadalajara, pegadito a Tequila; un saludo a Galatea para que no haya dudas de la pasión cervantina, del juego del mundo; tal vez un reconocimiento al médico León Hebreo que ensalce el plagio, pero sin levantar sospechas —rumoreó achispada, satisfecha, con la seguridad de que antes de comer resolvería los dos problemas que aún le faltaban.

Para el segundo simposio, el de Atlanta, Georgia, lo primero que recordó fue la escasa relevancia que el Departamento de Emory tenía entre los hispanistas estadounidenses, similar al de otras universidades del sureste y del centro. Amasó la certeza de que no irían los escasos conocedores del tema, sobre todo el de Yale y el de Harvard, los tres o cuatro capaces de molestarla con impertinencias hermenéuticas. Tampoco estaría allí el de Cuernavaca que trabajaba en la Metropolitana... Fuera de peligro, se animó de nuevo a registrar la

carpeta blanca, a buscar en unas hojas que por la cercanía al 2005 había rehusado cuando iniciara la indagación. No encontró nada, pero se le ocurrió ir a un capítulo de su tesis donde recreaba los estudios sobre el episodio de los Duques, a propósito de la entrada de don Quijote en el mundo cortesano y sus signos. Tras un golpe de vista a las palabras del centro de cada página pensó releer los capítulos correspondientes de la novela, pero desistió enseguida, lo pospuso tal vez para cuando armara el muñeco, remozara las diez cuartillas una semana antes de tomar el avión.

—Me queda el coloquio veracruzano, a donde Alonso irá para estar con mis adorables suegros. No habrá ocasiones —se aseguró con una mueca triste.

Y entonces imaginó las primeras frases inéditas de su día laboral. Se le ocurrió la forma de vengar su matrimonio con aquel insecto sahariano, adicto a ordenar calzoncillos por orden de lavado, medias en fila, recibos meticulosamente fechados... Lo invitaría, le rogaría que asistiera a su exposición para que oyera, para que derivara o bogara como una chalupa sobre el Usumacinta en época de lluvia.

La ponencia rabiaría frente a su esterilidad, cuando comprobaron que eran los espermatozoides los que carecían de fuerza. Iría impregnada de la misma aversión hacia la herrumbrosa cotidianidad al lado de aquel leguleyo de acápites y escrituras notariales, de actas juradas y documentos de herencia en litigio. Debía proyectar alusivamente la inquina y la furia ante un sexo que se había transformado en sacar agua de un pozo seco, en la obligación de lavarse los dientes; hacer caca, pipi, como la pregunta al hijo que nunca tendrían. Con un rencor similar al de recordar que su madre trató de disuadirla del matrimonio con aquel Alonso Sánchez rico pero pobre, profesional pero aficionado, de mirada sin vista.

—La asturiana Maritornes, moza del partido, será mi venganza —se refociló.

La moza de la venta o castillo armaría las alusiones con sus arrieros de congresos y coloquios. Tan semidoncella cuando se casó como la criada de la

ventera, olvidaría la parte roma de la descripción en el Capítulo XVI para exaltar la gallardía del cuerpo crecido a fabadas y sidras, quesos de Cabrales y jabalíes emparrillados en Gijón. Aunque Cide Hamete Benengeli en sus cartapacios no menciona el pueblo, su personaje no podría ser de otro que de Villaviciosa, donde un gaitero de tres tubos la desflorara hablándole en bable. Su asturiana le iba a satisfacer el gusto, con tan tácitas y atentadas palabras como disparates. Una frase avivaría la venganza: «... y no tenía por afrenta estar en aquel ejercicio de servir en la venta, porque decía ella que desgracias y malos sucesos la habían traído a aquel estado». La situación de la mujer a principios del siglo XVI descargaría un terrible puñetazo de gigante sobre Alonso Sánchez, vengaría a cada una de las putas que en el mundo han sido.

La titularía como la exclamación del cuadrillero de la Santa Hermandad Vieja de Toledo, que al entrar al aposento estruendoso dijo: «¡Téngase a la justicia!» El paralelo, frente a las caras medrosas del profesorado, iría de alboroto en algazara, de parranda en jolgorio, hasta que Alonso trasudara, asido a las pendencias de la fogosa moza y de las mujeres en la historia, con tantos cardenales en su cerebro burocrático como las abstinencias que ella albergara antes de visitar la venta.

Quizás el orgullo le picaba el cuero cabelludo y por fin era él quien pedía divorciarse, facilitar la ruptura que se desprendía como las olas de un tsunami. Recogía y le dejaba la casa, dividía bienes, cuentas, tarjetas... Acaso allí mismo en Veracruz, a la salida del salón, le armaba un escándalo humillante, con testigos. Por primera vez Alonso Sánchez se le encararía como don Quijote cuando volvió a desoír consejos y arrancó de nuevo por los caminos manchegos. Tal vez...

—Al fin tengo algo que decir —aseguró alzando la voz, con la convicción de que sería su primer texto de homenaje a Miguel de Cervantes Saavedra... Los puntos de las investigaciones exigidas comenzaron a bailar como al compás de un gaita asturiana, a perderse sin rumbo por un camino o arroyo o fuero. Muy despacio cerró la carpeta, apagó la computadora, tomó un fajo de hojas y un lápiz, comenzó a escribir «con apacibilidad de estilo y con ingeniosa invención».

Mi querido Harold

A Alejandro Meneses y a Edgar Albee,
lector de Samuel Beckett.

Siempre escoges la misma banca, en el lateral de la fuente mudéjar. Siempre con el costado de la Catedral al fondo, tan invariable a las seis de la tarde como tus celos *Medida por medida*, a la manera de Shakespeare. Y sentado en la punta, para que el codo izquierdo pueda descansar y la mano, a ratos, apoyar la barbilla.

¿Cuál paseante de esta hora, entre seis y siete de lunes a viernes, pudiera imaginar a qué la dedicas? ¿Cuál de los dos policías que saludas al subir los escalones del zócalo tendría la perspicacia de barruntar tu único pensamiento? ¿Cuál turista vienés inmiscuirse en tu alter-ego? ¿Cuál lector de Proust identificar los celos de Charles Swann con los tuyos? Nadie sospecharía, tras tu traje comedido y corbata obediente.

¡*Ah —mi querido Harold—, le ruego acepte mi admiración! ¿Quién le tiene miedo a Virginia Woolf, miedo a Virginia, miedo a Virginia?*

Si eliminas a Virginia podría titularse *La hora de Guadalupe*, aunque no serviría para una telenovela, habría que hallar una frase de más gancho: *Llora por Guadalupe*, *Guadalupe en llamas*, *Acechando a Guadalupe*... O ponerle nada más que *Guadalupe*, aprovechar los millones de guadalupes que rinden culto a la patrona, el deje detectivesco y pícaro como expectativa ante el fervor religioso.

Hoy abres tu hora por un vericueto inédito, tal vez porque en la notaría apenas hubo dos actas conciliatorias, una declaratoria de herederos y dos reclamaciones. O porque es viernes, Venus y el último día del rito semanal. Por ahí nunca le habías entrado a Virginia Guadalupe, aunque no te lo confieses. Ni cuando releías *Combray* en la nueva edición, sin el engorro del papel cebolla. Por eso abres los ojos como si oyeras por primera vez la *Sonata para cello y piano N°1* de Brahms, el *Concierto para clavicémbalo* de Falla,

con Falla como intérprete y El Escorial al fondo. Has montado en un galeón resinoso que sin moverse de la banca surca los tifones de Manila, el aciclonado oleaje del Caribe mulato, que huele a ilang-ilang y guanábana, a benjuí y mango, al pelo canela de Virginia Guadalupe Baquero la noche de boda.

Esta tarde de enero el zócalo apenas recibe a unos austríacos o suizo alemanes, los vendedores y la ronda de policías, algunos poblanos que te imitan el desafío al viento norteño. Ni el clima es propicio al ensueño que comienzas a armar, que no sabes por qué te recuerda *Aura*, el vaporoso laberinto de Carlos Fuentes. Sonríes. Lo que quizás más te gusta del juguete vespertino no es que ningún transeúnte pueda imaginar en qué neblina braceas, sino las asociaciones que casi una tras otra se aparecen, tan tangibles como la ciega limosnera que grita a su fantasma, que le ordena no violarle la intimidad, irse porque llamará a la policía de Ciudad Juárez.

Fascina —mi querido Harold— el juego con su sombra... ¿Quién le tiene miedo a Virginia Woolf, miedo a Virginia, miedo a Virginia?

Virginia Guadalupe que en cuanto cierras la puerta de la calle toma el teléfono para citar a Shakira. Virginia Guadalupe que ya no se contenta con Shakira y también llama a Octavio. *Menáge a trois*. *Hot porno*. Alejandría es el Vaticano ante lo que debió hacer ella mientras enfrentabas el expediente donde los herederos reclamaban el terreno de Atlixco, el expediente donde reclamaban a la aseguradora el pago de lo convenido, el expediente donde reclamaban al banco la rebaja de intereses... Y el expediente donde le reclamabas a Virginia Guadalupe que no se aprovechara de tu no estar, de la exclusión; donde añadías un párrafo competitivo y delirante, como debe de ser, donde tus impulsos aparecían con letra escarlata para gozar más de la propia simpatía dolorosa —como Swann por Odette—, para que la tragicomedia fuese una parodia del tiempo recobrado.

Un párrafo con el remordimiento de que a lo mejor lo que te figurabas era un cuento infantil ante lo que ocurría, ante lo que Virginia Guadalupe armaba y desarmaba en tu ausencia, como si esa forma de prolongar el amor

hacia ella se quedara en los tribunales, chapoteara hasta provocar risitas por el abogado sin el don de la ubicuidad.

¡Bah! —murmuras como si leyeras a Lawrence Durell o estuvieras aburrido de armar un rompecabezas que al final termina a las siete y treinta minutos de la tarde, cuando ella se acerca para el beso y el *cómo te fue* más trillado que la 5 de Mayo, cuando te enteras de que para la cena ha preparado crema de queso panela y chayote, chanclas.

Tienes variantes que podrían enriquecer el *performance*, abrirlo como si los personajes se embarraran de melado de caña antes de empezar los escarceos; mientras Virginia Guadalupe, entre las risas de Shakira y Octavio, infla un muñeco japonés y lo viste con tu traje de lino negro, lo coloca en un rincón para que vea lo que es imaginación dura y rápida, blanda y sin apuros de adolescentes. Abrirlo en abanico para que Shakira se contorsione, resbale por tu mujer igual que sobre una tajada de papaya, mientras Octavio comienza a lamerlas al estilo nieve de guanábana, a chuparlas al estilo mandarina como un mandarín del que Chuang-Tzu anota el prodigio, la intensidad de su boca al succionar la pulpa amarillenta de melocotones tártaros, menos blandos que los de Occidente.

Mover el abanico para que Virginia Guadalupe no se aleje de los griticos secos que conoces e inicie una cantata donde el contrapunto sigue y no sigue los vaivenes de la cintura de Shakira, los dedos de Octavio que exploran los cráteres de Julio Verne. Abanicarte a pesar del frío porque el montaje, antes de enredar piernas y muslos, mide la sin igual longura y grosor lezamianos que Octavio decímetro a decímetro deja acariciar, introduce y extrae, desliza y descentra, cambia de una para otra como si fuera creíble que casi la mitad de ese monstruo coronado por un glande rojizo y perfectamente cilíndrico cupiese en alguna boca; hasta que sin ningún titubeo pasa a las cavernas tibias, bañadas de zumo, a pesar de que Shakira a la primera conquista responde sacándose sangre del labio inferior, llorando y pidiendo que no toda hasta que ella misma atrae la parte más anchurosa, la base de aquella columna dórica que homenajea las leyendas del unicornio y del jabalí, del rinoceronte.

Sudar nieve cuando Virginia Guadalupe los separa para desafiar al prodigioso badano, encaramarse sobre Octavio, pedirle a Shakira que mire bien y con la mano lo roza varias veces contra la entrada, desliza la porción superior hacia adentro como si ensayara un réquiem, se acomoda sin giros bruscos, va hacia delante y hacia atrás, toma todo el aire posible y cae de un sólo golpe, se lo incrusta mientras llora, se achina, le ruega a Octavio que le muerda los pezones y a Shakira las nalgas, porque aquello allá en el interior, donde nunca nada había llegado, exige que sus senos distribuyan la energía, fragmenten la carga mientras ella doma al potro, lo entretiene mediante un zigzag, un bamboleo, una mecedura sin rumbo para desconcertarle el ancho que su mano no puede abarcar, el largo que su boca jamás transgredirá un poco más abajo del frenillo correoso del glande que siente cerca del ombligo, enrojeciéndose porque el fragor no le deja ni un milímetro para aspirar el olor a langostino, a ostras.

—La cara de legajo —mi querido Harold—, no mueve un músculo, usted podría competir con los que arañan la vida de escultura en los parques del mundo. ¿Quién le tiene miedo a Virginia Woolf, miedo a Virginia, miedo a Virginia?

Pero qué va, te queda como media hora para abanicarte y ellos recién empiezan la curvatura de Sade, el trino del *Ananga Ranga* y del *Kamasutra*, las impudicias que alguna vez leíste en *La Celestina*, a la que a veces llaman madre. Todavía la variante de hoy puede soltar prendas, abanicarte más, soltarse hacia recónditos parajes, ignotos valles de azucenas y abejorros, versos como salidos de una gesta erótica mozárabe, contemporánea de las primeras *jarchas*.

El trío ahora cambia a Shakira por tu amigo Adriano, al que sorprendiste mirando a Virginia Guadalupe en la alberca del club. Y ocurre en el mismo instante en que ella batalla con el monstruo, que lo siente acerado y atronador y trata de marearle las embestidas, los saltos de Octavio contra sus bordes empapados mientras sigue mordiéndole los pezones de capullo. Ahora es Adriano quien detrás de tu esposa, casi acostado, le chupa las nalgas

que se mecen hacia los lados, le eriza la espalda con las uñas para que soporte mejor el ímpetu del cilindro. Hasta que ella casi le grita que pase adelante, que su boca necesita otra cabeza roja y lisa, que entre y que salga como el torreón de Octavio.

Adriano obedece y Virginia Guadalupe le pasa la lengua por el tronco, mientras no deja que sus caderas se detengan porque no resistiría tener inmóvil el tubo de Octavio que parece hincharse, abrirla más cuando pasa a probar qué cantidad del nuevo cuerpo le cabe en la boca, puede llevar casi hasta las amígdalas, oprimir entre el paladar y la base bajo el alivio de que sus dimensiones, aunque no tan pequeñas como las tuyas, están lejos del prodigio que la apuñala por allá dentro.

—Cuídese —mi querido Harold—, hoy el cuento podría delatar, romper la parsimonia de notaría empolvada. ¿Quién le tiene miedo a Virginia Woolf, miedo a Virginia, miedo a Virginia?

La tríada pitagórica se embrolla en una cadencia que a momentos logra la armonía de Brahms, donde el piano son los dos machos que se refugian en el cello de Virginia Guadalupe y la sonata resuena contra las paredes de tu recámara, retumba antes de afinar sus cuerdas contra el colchón que resiste las candeladas de los intérpretes. La inmensidad polifónica del genio alemán acera las notas con que avanzan a un clímax que parece inminente, a un torrente que da la impresión de que nada podrá detenerlo. Ella aguanta entonces las pulsaciones porque no desea que la sonata concluya, retira la boca, paraliza los giros caudalosos, obtiene el milagro de que el dúo desconcierte las notas, que el semen regrese a los testículos pujantes, dodecafónicos. Y también de un solo alzarse, en tres tiempos, saca a Octavio. Sonríe y se pone de pie para ver a los pianistas que no imaginan por dónde continuará la audición, qué estará escrito en el pentagrama.

Tú sí sabes que sobreviene el *Concierto para clavicémbalo* de Falla, con Falla-Virginia Guadalupe como intérprete. Porque el deseo de tu mujer lleno de troles y gnomos, lleno de duendecillos sabáticos, ni siquiera se molesta en atender los

reclamos, bordea la cama y les anuncia que ahora cambiará las serpientes porque necesita su propio sabor en la garganta, ensalarse los labios con el zumo de sus otros labios mientras el concierto rasga una variación de acordes.

Sube al fin al ruedo árabe y adopta la posición del monje, le indica a Adriano que la introducción será por la vía angosta, por el ojo ciego cuyos pétalos ya comienzan a crujir cuando el glande aún ensalivado toca la flor rugosa, penetra quedamente cuando Virginia Guadalupe toma con las dos manos el monstruo de Octavio y comprueba que aún más de la piramidal cabeza esmaltada sobresale para que su lengua pueda juguetear, alborozarse con el sabor a almejas mezclado al agridulce de aquel homenaje a Rodin, de aquella tuba digna de la catedral de Reims.

—Debe Cruzar la pierna derecha sobre el muslo izquierdo —mi querido Harold— por si alguien pasa y mira la función que se acerca a las siete campanadas de la torre mayor, que apura los fragmentos. ¿Quién le tiene miedo a Virginia Woolf, miedo a Virginia, miedo a Virginia?

El dios Pan de Adriano ya se ha perdido por los anillos de la Vía Apia gracias a la picardía cadenciosa de tu mujer, que le pide que estreche sus nalgas con las dos manos, bien fuerte, para sentirla mejor mientras ruega que le dé duro, que pierda el miedo y le muerda la espalda. Virginia Guadalupe siente un cosquilleo que avanza por el faro cuya lejana cabeza ahoga su boca. Sus manos perciben que la energía está a punto de iluminar los cristales, otear el horizonte, y le advierte a Adriano que la idea es precipitarse los tres en el corazón del mismo segundo. Pronto la leche inunda las dos bocas mientras traga y grita que ahí va ella hacia un tsunami que le nubla la mirada hacia el techo estrellado, hacia gemidos que le marean las paredes, que le borran el espejo lateral donde miraba la acción plástica que compuso como un homenaje a Mondrian, al jazz, a combinaciones perdidas en los apuntes astrológicos de Anaximandro.

—¿Todavía estará el maniquí con el traje de lino negro —mi querido Harold— en una esquina del cuarto, en el interés del abismo y la ola insalva-

ble, en las espadas como labios que ahora se quiebran en la rutina? ¿Quién le tiene miedo a Virginia Woolf, miedo a Virginia, miedo a Virginia?

Abres mucho los ojos cuando te levantas y arreglas el saco, te cercioras que el nudo de la corbata recobra la respetabilidad que hasta hace un minuto daba tumbos por tu recámara, rehacía a Virginia Guadalupe como si la hubieras conocido en los carnavales de Río de Janeiro, en un lupanar de El Cairo, en el Malecón de La Habana... Caminas parsimonioso hacia la fuente que bordearás como cada tarde, rumbo al atrio que pasarás con la señal de la cruz hasta el estacionamiento. Miras la hora con la puntualidad de aquel filósofo alemán mientras te acomodas al volante, saludas al empleado que se acerca a la moneda y aceleras un poquito hasta el contén de la acera, observas si viene algo y sales hacia el dulce hogar dulce que nunca deja ni la sombra de rastro, ni una gota de esperma a la puerta del baño.

Ruedas el Jeta por las mismas calles y baches y semáforos que estableciste cuando se mudaron hace cuatro años, hasta que entras a tu estacionamiento, te cercioras de que la alarma está activada, sales y metes la llave con suficiente ruido para que Virginia Guadalupe oiga como cada tarde de cada semana. Cuelgas el saco, aflojas el nudo y vas a darle el beso, tomar agua, preguntar si tu mamá llamó, buscar el diario sobre el mostrador e ir a la sala hasta que la cena aparezca en el comedor.

Te sientas en el sofá a ojear los titulares Tampoco hoy las noticias avivan la curiosidad y pones el CD de Brahms. Nivelas la ligera inclinación del crucifijo tabasqueño cuando de pie merodeas entre los muebles, atisbas la mesa como si fueras Charles Swann; dejas que la noche llegue mientras ella va hablando de la cuenta con el plomero y no de Shakira, de que subieron los precios del gas y no de Octavio y Adriano.

—Ta-ra-rá ta-ra-rá —mi querido Harold—, porque el juego del zócalo, circunspecto, decoroso, exige nuevas sospechas. Ta-ra-rá la sonata y el clavicémbalo, el lobo y el fin de partida. Ta-ra-rá el estribillo: ¿Quién le tiene miedo a Virginia Woolf, miedo a Virginia, miedo a Virginia?

Testimonio de Juliana Burgos

A Roberto González Echevarría,
lector de ***La intrusa****, conocedor de* ***Borges****.*

Mi cuento con los Nelson o Nilsen es el verdadero, aunque por ahí cuelguen otra historia. Por eso lo digo sin pena, para limpiar el espejo. Eduardo y Cristián merecen justicia, sí señor Jorge Luis. El rodar de las versiones ha enfangado la memoria de aquellas almas no tan orilleras, no tan trágicas, desde la del velorio de Cristián en el partido de Morón, que oyó entre mates madrugadores Santiago Dabove, hasta la de Turdera que algún tiempo después se hinchó de migajas en el pueblo donde pasó todo. La probidad de aquellos relatores, envuelta en alcohol, huele a ofuscaciones de machos, a antiguos ritos acriollados. Es un ombú seco en el medio de La Pampa.

En Turdera vivían los dos hermanos. Y certifico con el viejo parroco (algunos datos son ciertos) que en el caserón había una Biblia de cubiertas negras, aunque los caracteres no eran góticos sino barrocos, de curvas que abrían las consonantes mayúsculas. También la descripción de la casa donde estuvimos se corresponde, al menos respetaron que desde el zaguán se divisaban los patios, el ojo de agua adoquinado, las gallinas cloqueando. Pero es falso, lo cuentan para preparar mejor sus finales, que el desmantelamiento reinara en las habitaciones. Había muebles bastos, pocos y curtidos, pero el bronce de los calderos brillaba sobre las llamas y el polvo era barrido.

Sepa que no descendían ni de Dinamarca ni de Irlanda sino de algún fiordo, no recuerdo el nombre, de la Noruega de vikings y troles, de bacalaos que añoraban y de aquavit que nunca podrían beber. Pelicolorados y musculosos sí, pero no pendencieros, salvo que alguien del barrio se tirara con algún atrevimiento. No hablan mentiras cuando refieren que en el altercado con Juan Iberra mi Eduardo llevó las de ganar, que Cristián hubiera dado la vida por su hermano menor y este, sin pensarlo, por él. Es cierto que eran dueños de cuatro bueyes y dos carretas, además de sus

caballos de brío y correteo, de los animales de corral. Y generosos, sobrios o borrachos, hasta con gente recién conocida. De muertes nada supe, deben ser parte de las habladurías del compadraje.

¿Tahúres mis Nilsen? Otra infamia, Jorge Luis, aunque no fue la peor. Sus únicos pillajes eran contra el sudor. Jugaban a ver cuál trabajaba más, hasta los sábados. Las trampas que pudieron haber hecho abochornarían a un tahúr genuino. Tal vez en el pesaje de algún saco de harina o en el regateo de los aperos... Bueno, sin exagerar, a un vecino puede que le debieran el pago de una daga de hoja corta, pero tampoco se atrevió a cobrársela a Cristián, porque sabía que esa deuda era mejor tenerla abierta, por si acaso los necesitaba.

Cuando yo aparecí en la vida de Cristián supe enseguida que era mío, que las aventuras de lupanares y putillas de paso cesaban para siempre, por lo menos mientras yo presidiera el casón de los Nilsen. Lo de que no era mal parecida opaca, perdóneme, la irresistible sensualidad que en ese entonces, a mis dieciocho cumplidos, despedía mi cuerpo. Hablan de la tez morena y los ojos rasgados, de avellanas navideñas, pero no mencionan los labios de pulpa y primavera, el movimiento que derretía hasta al párroco cuando atravesaba la plazoleta rumbo al mercado. Y de regalarme baratijas nada, pendientes de oro 18 y pulsas de plata taxqueña o toledana. En un barrio, en verdad, bastante modesto, ellos eran la opulencia.

No crea infundios, por favor. Enseguida le limpio de porquería el resto. En esta parte, la más engorrosa, voy a ser transparente. ¡Ah, los varones y sus vanidades! Usted, supongo, debe saber mejor que yo de las alevosas lenguas que oyen los chismes de las mujeres a la mesa, se burlan y corren a la barra para confrontar con los de sus compinches.

Le certifico la autenticidad de lo que va a oír. Al principio Eduardo ni caso me hacía, salvo cuando me bañaba en la tina del traspatio. Pero como a los tres meses, después de agotar los más de cuarenta años de Cristián, supe convencerle de que era un egoísmo tener así a su pobre hermano de

veintitrés. Y Cristián entendió, engurruñado y hosco. Más pudo la sangre. Porque ya desgranados los noventa días de convivencia Eduardo estaba casi atando la soga para ahorcarse. Confieso que le enloquecí, desde los roces sin querer hasta la toalla que también sin querer dejé caer en dos ocasiones para que viera la mercancía, para que supiera cuál tesoro amasaba el hermano. Desde los gritos que tenía que oír desde la cama para que la curiosidad cabalgara en su cabeza hasta la madrugada vacía.

Sí, estaba enamorado, se emborrachaba, iba a la casa rosada donde la señora Evita dormía sus volcanes, dejaba los bifes como se los ponía en el plato, apenas hablaba. Sí, como le dije, Cristián aceptó entre muecas. Las primeras veces se iba de la casa, a faenas o a farras, después decidió incorporarse. El pudor me impide caer en detalles, imagínese.

A la semana del triunvirato era yo, Juliana Burgos, la que ataba los caballos trotadores al palenque. Entre cordial y mandón era mi tono, mi talante y no el de ellos, ni siquiera Eduardo. Los tenía, como se dice, comiendo de la mano. Los compartía con equidad. Sepa usted, y muy bien, cuál era la situación real donde los Nilsen. Decentemente anduvo siempre el arreglo, sin discordias entorpecedoras de nuestra buena fe. Los tres nos poníamos enseguida de acuerdo en casi todo, la venta de unos cueros, lo que se iba a cocinar, la adquisición de un overo para que yo también exhibiera al arrabal mis dotes de jinetera...

Podía durar y duró cuanto quise, lo que me dio la gana. Este centro era el cetro, que nadie se equivoque. En el suburbio duro aprendieron al poco tiempo a respetarme, sobre todo después que con el fuste crucé la cara de Juan Iberra en la plaza de Lomas, cuando me insinuó que si no cabían tres en la cama de alto respaldar con orlas de ebanista rural, y después le dije que ni media palabra a Cristián y Eduardo porque me bastaba sola para mantenerle en su sitio, igual de sumiso que a mi pareja de machos.

El resto del cuento que le mal hicieron también falsea los acontecimientos. Fui yo la que les senté una tarde, cuando el sol escarlateaba

hacia la línea frente al patio. Saqué dos sillas como una maestra de primaria, les mandé que oyeran en silencio y de pie comuniqué la decisión de pasar una temporada en Morón, sí, en el prostíbulo de Morón porque necesitaba ahorrar plata para el plan definitivo y tenía que aprovechar la fama que los Nilsen me habían regalado en las relaciones de mis bondades, cuando a veces se iban los sábados por la noche para el boliche de hombres entre hombres.

La parte que da risa sí es cierta. Luego de conducirme en la carreta hasta donde esperaba la patrona, una vieja amiga de mi madre que estaba encantada porque sabía que la temporada alta contaría con una estrella, obtuve la promesa de que ninguno osaría acercarse al negocio. Pensé que así era mejor para todos, pero no aguantaron. El que primero hizo su cola un viernes fue Eduardo, el más fogoso, el que más me gustaba. Se volvió un rosario de excusas en la puerta del cuarto, frente a mi inflexible mano pidiéndole el dinero del turno. Pagó como cualquiera, aunque recibiera tratamiento especial. A los tres o cuatro días cayó el otro. Cristián, con un poquito más de orgullo, sólo dijo que el hermano menor le había confesado la violación del acuerdo y a él no le gustaba que le hicieran trampas, se desvistió sin más balbuceos, funcionó, pagó el doble y se marchó con la cabeza desafiante. Después hasta llegaron a ir juntos, a veces Eduardo llegaba temprano para que Cristián no tuviera que sufrir demasiado con los otros clientes, separaba para los dos y entraban juntos, como cuando estábamos en el casón.

Terminada las Navidades, después de Reyes, cerré el trato. Aún me faltaba la quinta parte de las economías y ellos me la ofrecieron a cambio de regresar hasta fines de marzo. Volví también por cariño, a fin de cuentas ya éramos amigos y no carezco de corazón. Nada más de verles las caras se me ablandaron los ojos. Volvimos a caballo, cada uno en el suyo, espoleando porque deseaban recortar el trayecto. Y a compartir la alegría del reencuentro, sin discordias ni exasperaciones, a puro trío de guitarras y octosílabos engrampados para musicalizar las noches en el patio de baldosas. Los desahogos se recrudecieron mientras marzo se

iba, por cierto que bajo un calor raro, fuera de tiempo. Y la sesión de despedida por el techo, aligerados de prejuicios, unciéndonos en el firmamento hasta el amanecer.

Nos bañamos a puro cubo del pozo, retozando el adiós. Eduardo fue por los bueyes. Cristián por el dinero recolectado. Yo por las pilchas. Salimos por el Camino de las Tropas , sin desvío, rumbo al tren que me conduciría a la Capital, al sueño de estudiar. Las miradas del chisme eran pocas a esa hora, pero alguna debió vernos. En la estación la escena se agrandó, con palomas y no caranchos revoloteando cuando la locomotora inglesa puso en marcha los vagones. Entre el vapor los vi por última vez, sin mover los brazos y las manos, resignados y a la vez contentos porque prometí volver en cuanto pudiera, en cuanto me graduara de maestra, de la profesión que mi madre soñó inútilmente en el prostíbulo donde nací, la que ella triste, sacrificada, nunca pudo alcanzar señor Jorge Luis. Gracias a los Nilsen y al ritmo de mi cuerpo, que ahora es leyenda de los arrabales y de aquí en Buenos Aires, puedo rectificarle la historia, para que usted la tenga como fue.

Usted es la culpable

A Roberto Blatt y Josu Landa

Our wills and fates do so contrary run
That our devices still are overthrow,
Our thoughts are ours, their ends none of our own.

¿Cuáles sentidos motivaron la necesidad de recitarlos ahora mismo como amuleto y guía, como conjuro y señal? ¡No te hagas, tú sabes que es la promesa a Aminta! ¡Ella tiene la culpa! Sabes que la jerarquización del azar abre el primer sentido de esta madrugada de soledades lluviosas, de temblores ante el papel. Por eso recuerdas que es la parte del actor —*The Player King*— que en la obra representada dentro de *Hamlet* encarna al rey asesinado, a Hamlet padre de Hamlet; que es en el interior del desafío donde el personaje exclama los tres versos escépticos, desvalidos, sobrecogedores.

La idea encarna como Aminta, pero cuando intentas traducirlos se ponen blanditos: «Nuestras voluntades y destinos corren por senderos tan diferentes, que siempre quedan trastornados nuestros proyectos, porque somos dueños de nuestros pensamientos, pero su realización nos es ajena». Conoces que frente a la representación urdida por Hamlet para la denuncia, están los culpables del crimen: Gertrudis, la madre, y Claudio, ahora rey, tío del Príncipe de Dinamarca. El castillo de Elsinor tiembla ante la revelación que avisa a los espectadores del asesinato. Y por unos segundos dudas de si es Aminta la culpable de tu crimen…

Pero las líneas forman una espiral. Las posibilidades introducen nuevos enigmas cuando reflexionas que entre voluntad y destino hay algo ajeno, extraño, con la fuerza necesaria para decidir el regreso de ella, romper tu silencio. Y como conoces de la *Cábala* abres las alevosías, te agravas las percepciones.

Las percepciones de Aminta .. Porque se lo prometiste antes de que a la salida de *La mandolina del capitán Corelli* la convencieras de subir a tu cuarto, porque ella era Penélope Cruz, la muchacha griega que enloquece por el soldado italiano a pesar de la ocupación de su isla, del novio guerrillero, de lo imposible. Y tú Nicolas Cage, el artista romántico que desbarata sus aprensiones contra la atmósfera del terror fascista, que se enfrenta a los nazis y retorna años después porque luchó contra su recuerdo pero le fue imposible vivir sin la futura doctora, amarla más que a Italia, que a sí mismo... Porque llevabas casi dos meses rondándola, asediándola, comiendo con la vista su cuerpo de bailarina en la Academia de Teatro, entre ensayos, entre clases de voz y dicción, entre cada receso. Y porque esa misma noche, cuando la acompañabas hasta su casa, te confesó que la atracción comenzó cuando una amiga le dijo que eras poeta. ¿Poeta?

Y esperando el poema al otro día y al otro y ayer y hoy por la tarde, cuando salieron con el grupo a tomarse un helado de guanábana, pidiéndolo como si fuese una pitonisa y supiera que no habías escrito una letra. Y lo peor, que jamás volvería a tu habitación de la casa de huéspedes hasta que no cumplieras el pacto, hasta que ella pudiera enseñarle a las amigas su manzana, la prueba lírica.

Ahora llevas los tres versos sobre las obsesiones que desde hace una enorme semana te tienen echándole la culpa a la almohada, engrifándote: «Mi voluntad y destino corren por senderos tan diferentes que siempre queda trastornado el proyecto, porque soy dueño de mi pensamiento, pero su realización me es ajena». Y los metes más adentro, reflexionas que tu voluntad hace lo imposible por armar el poema que Aminta se merece, pero las palabras se trastornan, la realización estruja tu voluntad bajo un destino que quiebra cada frase.

Decides repasar la especie de decálogo que te dio el viejo Harold, aquel profesor mordaz e impertinente, pero cuya armazón bien poco te ha ayudado a cumplir el juramento. Buscas la hoja. Lees lo que casi sabes de memoria:

La poesía y su significado son iguales a un atardecer en el andino Pico Espejo o acostado en verano sobre la hierba del lago japonés del Central Park. No necesitan explicaciones ni tiene sentido buscárselas. El poema sí, hazle cuántas preguntas se te ocurran.

La inspiración es tramposa. Juega con ella a los escondidos. Parte y arriba a sus misterios. No puedes montar sin una idea previa, pero después puedes tirarla por la ventanilla o bajarte sin ella. Hay seis o siete motivos con sus variantes, por lo que la originalidad del poema son el puñado de palabras que hilvanes.

Nunca pienses que eres demasiado sutil, alusivo, sugerente. El que no entienda no te estaba destinado como lector. Olvídalo, los tuyos aparecerán.

¿Dónde y por qué escancias? ¿Qué justificación tiene cada uno de los encabalgamientos, de los signos de puntuación? Las pausas del espacio en blanco son imprescindibles. Si te gusta el vino aprende a servirlo..

Los lugares comunes fueron sorpresas analógicas alguna vez, como el lenguaje. Pueden volver a serlo si les cambias un detalle o los transformas.

Las enumeraciones son de almacenistas, comerciantes. Tienen que ascender, descender o mezclarse. Las listas son rellenos, haraganerías.

Si tienes deseos de ritmar, rimar, contar sílabas, hazlo. Piensa que el verso libre de Ezra Pound es tan difícil como el mejor soneto de Quevedo o de Baudelaire. Y que la sonata es imposible, aunque siempre intentes.

Hay palabras y tejido de palabras antipoéticos, por lo menos anti el poema que escribes. Léelo en voz alta. Otra vez.

Cuando creas que ya está cocinado bórrale los adjetivos. Coloca los imprescindibles con tacañería, sabiendo que casi todos sobran.

Si tuvieras la festinada idea de violar los preceptos anteriores, sólo recuerda que no eres William Shakespeare.

Pero no puedes esperar. Eres un trompo. Giras contra ti mismo porque mañana Aminta tiene que subir de nuevo al cuarto empapelado con flores que detestas, dar vueltas entre la cama y el escritorio y el librero, cerrar la ventana, correr las cortinas, tomarse el margarita que subiste en el termo antes de que empieces a acariciarla, a besarla. Porque de verdad la deseas mucho más que Nicolas Cage a Penélope Cruz, más que a las muchachas que en tus veintiún años has conocido. Y por lo mismo tendrás que repetir la fórmula que usaste con Lisi, con Melibea.

Debieras pensar que el azar tiene la culpa del fraude que cometerás, como cuando le robaste dinero a tu abuela aquel fin de semana que volviste al pueblo. Debieras pensar que es tan asqueroso como lo que dice el *Corán* sobre las mujeres... Pero la desesperación martillea cada escrúpulo, los aplana hasta convertirlos en galleticas, en hojaldre. Y vas hasta el segundo entrepaño del librero, extraes *La realidad y el deseo* de Luis Cernuda. Escoges lentamente el poema que vas a plagiar durante las apenas dos horas que faltan para el amanecer, para ducharte, vestirte, salir corriendo al encuentro con Aminta y poner cara de Hamlet, entregárselo como si la voluntad fuera más poderosa que el destino.

Indice

B
Brochazo de sudor 7

C
Conversación con un hombre silencioso 12

D
Diana querida 20

E
Eisagelio 25
El póquer colorado 30

F
Funámbula 47

M
María Tornez 54
Mi querido Harold 60

T
Testimonio de Juliana Burgos 67

U
Usted es la culpable 72

Cuentos de José Prats Sariol,
se terminó de imprimir el día 30 de Julio
del año 2007 en los talleres gráficos
de la editorial Arquitrave en Santa Fe de Bogotá
en el barrio La Macarena y fue encuadernado y empastado a mano
por el maestro Ricardo Aguirre Piñeros.

Los libros de Arquitrave Editores

Entre nuestros autores figuran

Carlos Drummond de Andrade
Affonso Romano de Sant´Anna
Harold Alvarado Tenorio
T.S Eliot
Carlos Jiménez
Ferreira Gullar
Paulina Vinderman
Charles Baudelaire
Montale, Ungaretti y Quasimodo
Du Fu
Manuel Bandeira
Lawrence Ferlinghetti
Elkin Restrepo
Konstandinos Kavafis
Li Bai
Alberto Da Costa e Silva
Rowena Hill
Jader Rivera Monje